

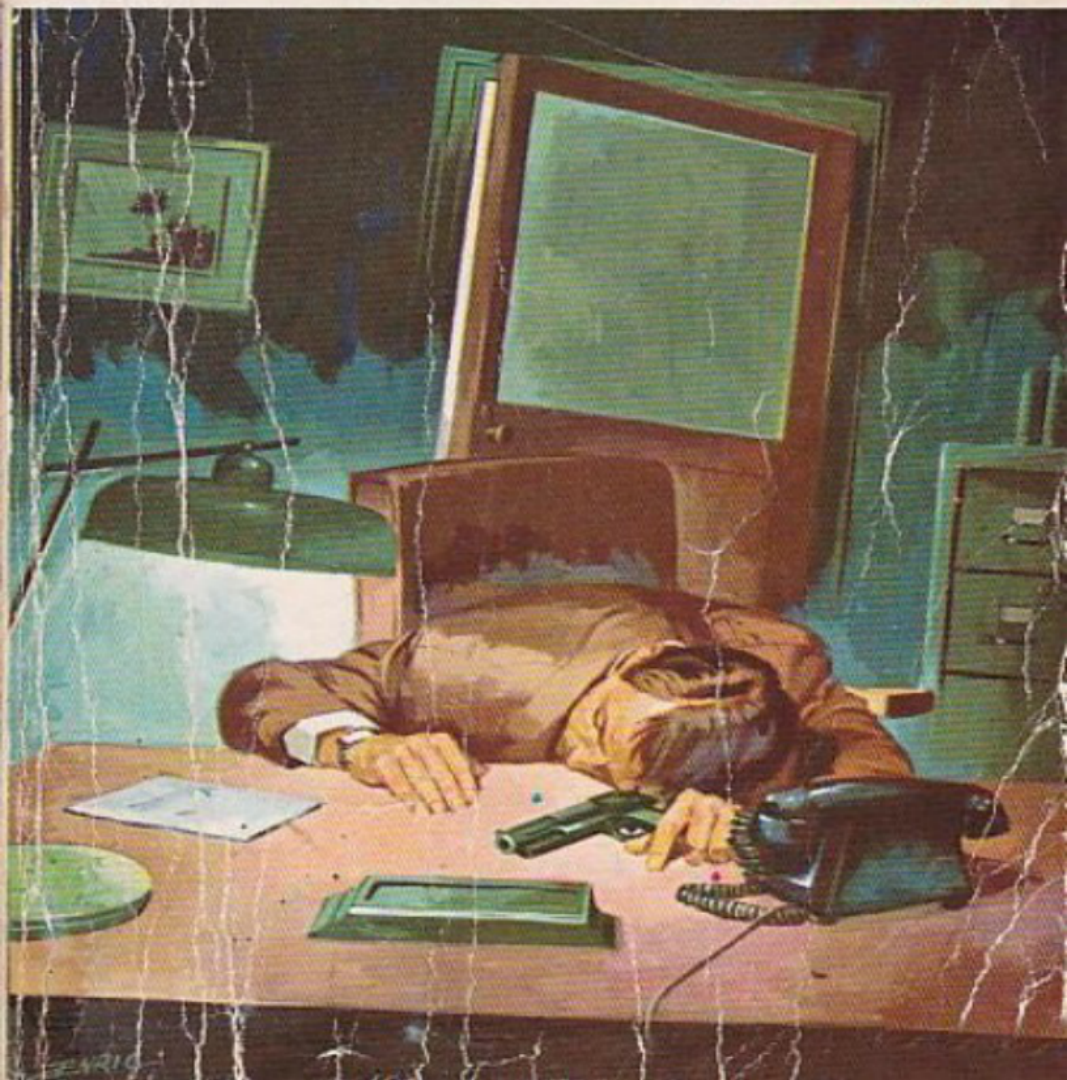
BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

requiem por un alcalde

joe mogar



REQUIEM POR UN ALCALDE

JOE MOGAR



Colección PUNTO ROJO, n.º 623

Publicación semanal

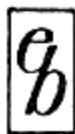
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

COLECCION

PUNTO ROJO



ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 3.994 — 1974

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: abril, 1974

© Joe Mogar — 1974 texto

© Enrique Martín — 1974 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A. Mora la Nueva, 2

Barcelona — 1974

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.013. —Llamada a un pistolero.

En Colección BUFALO:

395. —Alias Pistol Kendal.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.222. —La muerte acecha en París.

En Colección CALIFORNIA:

878. —El jinete del Gran Cañón.

En Colección SALVAJE TEXAS:

912. —Sharon del rancho Barrera.

En Colección COLORADO:

858. —Tumbas en la cascada.

En Colección KANSAS:

799. —Carta a un pistolero.

En Colección BRAVO OESTE:

583. —Una forastera peligrosa.

En Colección PUNTO ROJO:

613. —¿Crimen o secuestro?

En Colección ASES DEL OESTE:

672. —Una silla de montar.

CAPÍTULO PRIMERO

—LE traigo un caso; pero este caso no es como los demás.

Le miré pensativamente, pensando, diciéndome a mí mismo que todo el mundo traía o creía traer casos a mi oficina, distintos a todos los demás.

—Siga, por favor —fue lo que se me ocurrió decir en aquel momento.

El tipo en cuestión era de estatura normal, pero fuerte. De edad indefinida pero joven, si se me entiende, claro, si se sabe lo que quiero decir con esta ligera explicación.

Hacía exactamente tres minutos y medio que había entrado, sin llamar, limitándose a empujar la puerta y colarse de rondón en mi despacho, y mucho menos se anduvo con rodeos cuando dijo... exactamente lo que he dicho ya.

—Tendrá que desplazarse a Handerson, como le he dicho —no había sido así, pero él parecía creer lo contrario, por lo que no le interrumpí, limitándome a escucharle cuando siguió—: Está a unas treinta o treinta y cinco millas de Las Vegas.

—¿Viene usted de allí?

Arqueó una ceja, me miró con asombro y respondió:

—Sí, claro. ¿De dónde podría venir si no?

Esperé a que me lo explicara, pero no lo hizo, sino que se limitó a continuar diciendo:

—Hay un tipo que no me gusta, pesquisa.

Seguí esperando.

—Ese tipo es el alcalde de Handerson.

A mí, en particular, tampoco me gustaban los alcaldes de pueblo, por lo menos de algunos pueblos, pero no se lo dije; no le importaba ni poco ni mucho.

—¿Y...? —dije.

—Hace cosas.

Todos los alcaldes hacían cosas más o menos desagradables, y el de Handerson no podía ser menos... si mi interlocutor no estaba equivocado.

—¿Qué clase de cosas? —me vi en la necesidad de preguntar.

—Está poniendo el pavimento de la calle completamente nuevo. Y alcantarillas.

Eso era también cuestión de municipio, pero una vez más me guardé el comentario para mí.

—¿Y qué más?

—Luego cobra a los vecinos... —esperé—, pero nadie está conforme. Ni yo tampoco.

—¿Por qué?

—Vaya allí y lo sabrá.

—¿Me está diciendo que trate de impedirselo?

—Sí, así es.

Estuve a punto de saltar del sillón, decirle algo decididamente gordo, pero en su lugar respondí:

—No querrá que vaya y le vuele los sesos de un balazo, ¿verdad?

Durante unos instantes me miró fijamente, y de pronto estalló en una carcajada:

—¡Diablos, pesquisa! —exclamó cuando su hilaridad le dejó hacerlo—. No había pensado en eso... y es una buena idea. Pero no es un *killer* lo que necesito.

—Un tipo como yo, ¿no?

—¿Por qué se cree que estoy aquí si no fuera de ese modo? —preguntó a su vez.

—No lo sé.

Volvió a quedar pensativo, sin apartar sus ojos de mí, tal vez estudiando mi cara o quizá tratando de coordinar sus ideas, hasta que dijo:

—En Handerson también podrá ver a Jill Memphis.

—¿Quién es?

—La secretaria particular del alcalde.

Me sorprendí.

Si me hubiera dicho que estaba empleada en la Alcaldía, la cosa hubiera resultado distinta. Pero un alcalde con secretaria particular...

El tipo al que aludo rompió mis pensamientos en mil pedazos al añadir:

—Jill hace cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Escribe.

Me cargué de paciencia y contesté:

—Todas las secretarías escriben, y usan esas máquinas que sirven para eso, para escribir, y para calcular.

—Eso es distinto.

—¿Qué hay de distinto en...?

—Vaya y trate de averiguarlo. Si lo consigue, tendrá cinco de los grandes. Más caro que pagar un *killer* para que le meta una bala en el corazón.

—¿A Jill? —pregunté.

—¡Al alcalde, cuernos!

Dudé unos segundos antes de formular la siguiente pregunta:

—Hábleme de usted, ¿quiere?

—¿Qué desea saber?

—Todo lo que quiera contarme, pero la verdad. Sepa que más tarde o temprano...

—Sé todo eso. ¿Cuándo irá?

—Todavía no me ha dicho ni la mitad de usted; de lo que quiero saber.

—Empezaré por mi nombre, pesquisa. Peter Ricks, y vivo en Handerson.

—Ya lo he supuesto. ¿Y qué más?

—Nada más. Usted es un tipo que hace preguntas, que se gana la vida de ese modo. Vaya a Handerson y pregunte por mí, pero tenga cuidado con el alcalde. Puede... Puede ir bajo una de esas alcantarillas que está poniendo.

—No le es simpático, ¿verdad?

—No, no me lo es... ni yo a él tampoco.

Se puso *en* pie pero no me moví, esperando una vez más.

Fue una pregunta:

—¿Va a hacerse cargo de esto?

Tenía pocos datos, casi ninguno, tampoco sabía en realidad lo que el tipo deseaba de mí, y aquello picó mi curiosidad.

—Sí. Espero que nos veamos en Handerson.

—Correcto. Pero no me busque. Yo le saldré al paso en el momento oportuno.

Dio media vuelta y se acercó a la puerta; le detuve justo cuando iba a cruzar el umbral.

—¡Espere! —dije.

Se volvió a mirarme.

—¿Sí...?

—¿Dónde puedo ver a esa Jill?

—¿Va a empezar por ella, pesquisa?

Me encogí de hombros.

—Aún no lo sé —especifiqué sin mentir—, pero más tarde o más temprano tendré que hablar con ella.

—Vaya a Handerson, pesquisa, y trate de que sus preguntas no levanten mucho polvo. Jill... No se preocupe, ya la conocerá.

No esperó respuesta, cruzó el umbral dándome la espalda y abandonó el despacho como alma que lleva el diablo.

Durante unos segundos no me moví, pero luego abrí el cajón central de la mesa y saqué la botella. Tomé un buen trago de whisky sin dignarme tomar un vaso; me retrepé contra el respaldo del sillón.

Un tipo al que no le gustaban los alcaldes que levantaban las calles y ponían alcantarillas; al que tampoco, posiblemente, le agradaban los impuestos, o al que no le agradaban algunas cosas más que no específico, que no me había dicho, pero que adivinaba.

Un alcalde con una secretaria particular, cuyas relaciones con la primera autoridad de Handerson no quise preguntar, además de la de secretaría, claro, ni tampoco respecto a las cosas que hacía, que dejaba de hacer, y que escribía para el susodicho alcalde.

¿Qué me quedaba pues?'

Nada, sólo una visita fugaz como un soplo, una conversación ambigua, y algo más que nadie había dicho. Y una amenaza para mí latiendo en el aire. Una tumba para mí, bajo una de aquellas alcantarillas que estaban poniendo. Para mí o para otro cualquiera. ¿Por qué?

No había respuesta.

Es decir, la había, pero se encontraba allí, a unas treinta o treinta y cinco millas de Las Vegas; pero también una respuesta que tendría que buscar ya que nadie me la diría, como tampoco me la dijo el propio Ricks.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que no había dejado sobre la mesa de mi despacho ni un solo dólar, ni un solo centavo para que comenzara, para que empezara mis investigaciones.

Me encogí de hombros, bebí otro poco, me puse en pie, arreglé el desaliño del nudo de mi corbata, acercándome ya al perchero, tomé la americana, me la pase, y al volverme para salir hacia la puerta, la vi.

Confieso que me sobresalté, pero sólo un poco.

Estaba en el centro de la puerta, bajo el marco, mirándome con sus grandes ojos negros, con el pelirrojo pelo cayéndole en cascada de fuego sobre los hombros, hasta media espalda, su cuello de cisne, la curva de los pechos por la abertura del escote de la blusa, y la minifalda. Piernas de largos muslos, esbeltas... y un sueño de mujer joven, que no sonreía, que no decía nada, que sólo me miraba fijamente, como tratando de adivinar algo, o como si quisiera decirme que ella estaba allí por una causa que yo debía saber, pero que, sin embargo, no llegaba a comprender en modo alguno.

—¿Va a invitarme a pasar, míster Goodwan —preguntó—, o prefiere que le hable desde aquí?

No me sorprendió que supiera mi nombre ya que cualquiera podía

verlo pintado en negro en el cristal esmerilado y opaco de la puerta bajo cuyo umbral se hallaba ella.

—Entre, y perdone —dije—. Y tome asiento.

Lo hizo, sin que dejara de mirarme y yo de mirarla, y cabalgó una de las piernas sobre la otra.

—¿Y bien, miss...?

—Eso vendrá después... cuando deje de mirarme de ese modo, querido.

—Esa minifalda... —empecé.

—Las minifaldas son preciosas cuando se tienen buenas piernas, y las mías son perfectas —dijo con orgullo—. Vamos, míster Goodwan, tome asiento, y le diré lo que deseo de usted... si es que no llegué tarde a verle.

Posiblemente mis ojos reflejaron sorpresa, ya que preguntó sin transición alguna y por tanto sin darme tiempo a pronunciar palabra:

—Sorprendido, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Por mis palabras?

—Sí.

—¿Y bien...?

—Vine a proponerle un viaje.

—¿Con usted?

—Por supuesto... si se olvida de la minifalda.

—Tiene posibilidades —dije.

—Cierto que las tengo, pero eso no viene al caso. Por lo menos no ahora.

—¿Y después...?

Como si no hubiera oído, continuó:

—Me llamo Jill Memphis y vengo de Handerson para hablar con usted.

Tragué saliva sin importarme ni poco ni mucho si ella se daba o no cuenta del hecho.

—¿y...?

—Tengo asuntos allí que quiero que me resuelva.

—¿Qué clase de asuntos?

—Eso lo dejaremos para más adelante. Ahora voy a empezar, pero quiero hacerlo a mi modo.

No tuve nada que objetar a aquello.

Capítulo II

SIGUIÓ un silencio tal vez un poco largo, que ella aproveche para abrir el bolso que llevaba, del cual sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor.

—¿Fuma? —inquirió.

Dije que sí, me lanzó el paquete, y habló ahora un tanto apresuradamente, como si quisiera recuperar el tiempo que había perdido mientras ambos encendíamos los cigarrillos.

—Trabajo como secretaria de míster Elmer Presley.

—¿Quién es Presley? —inquirí, sabiendo de antemano la respuesta que iba a recibir. —El alcalde de Handerson.

—¿Y...?

—Como ya le dije, deseo que venga conmigo.

—¿Para qué?

—Para que me sirva de guardaespaldas durante una temporada.

—¿Para qué...? —repetí.

—Para que me sirva de...

—No es eso lo que le pregunto, miss Memphis, y usted lo sabe.

Guardó unos segundos de silencio que aprovechó para fumar, se movió inquieta en el sillón, y finalmente me dio la respuesta.

—Es muy posible que me maten... o por lo menos que lo intenten.

—¿Quién?

—Si lo supiera, querido, no vendría a proponerle esto.

Ahora al que le tocó el turno de callar fue a mí. Y mientras esperaba a que continuara hablando, a que me dijera algo más, fumé a mi vez.

No tardó mucho en hacerlo; en realidad, menos, bastante menos de lo que esperaba.

—¿Va a acompañarme, pesquisa? —inquirió.

—¿Por qué quieren matarla a usted? —pregunté a mi vez, guardándome la respuesta a su pregunta.

—Sé cosas.

Todas las secretarias sabían cosas, pero ninguna se había quejado, que yo supiera, de que por el mero hecho de saberlas, alguien deseara quitarlas de en medio.

—¿Qué clase de cosas? —indagué.

—Eso no voy a decírselo. Ahora, míster Goodwan, conteste, ¿va a venir conmigo?

—¿A Handerson?

—Sí, así es.

—Tal vez, si responde a una o dos preguntas, pequeña —dije.

—Suéltelas, y ya veremos si puedo o no responderlas.

—Bien; ahí tiene la primera. ¿Qué relaciones la unen a míster Presley?

—No soy su querida, si es ése el sentido que quiere darle a su pregunta. Simplemente su secretaria. Es un tipo bastante... Bueno, se puede definir como un saco de dólares, además de ser alcalde, y necesita personal que le lleve parte de esos negocios.

—¿Fiel...?

—Por supuesto. Es... lo que exige míster Presley para que se colabore con él. Es una, y quizá única exigencia, si me entiende.

—¿Nada más?

Mientras esperaba su respuesta pensé en mi primera visita; en Peter Riks, y qué diría la joven y bella miss Memphis cuando se enterara de su encargo. ¿O es que lo sabía ya?

La miré.

Se había puesto en pie, con el bolso en banderola, mirándome atentamente, con una pregunta en los labios que formuló tan pronto como vio que mis ojos se clavaban en los suyos.

—¿Nos vamos?

—¿Ahora?

—Sí, así es. Tengo mi coche ahí fuera, pesquisa.

Hice una mueca, mientras consultaba el reloj.

—Llegaríamos completamente de noche, muchacha —dije—. Treinta y cinco millas de camino y son las tres y media de la tarde.

—Hay un motel a dieciocho millas de aquí, en plena carretera. Podemos pasar la noche allí, y mañana por la mañana encontrarnos en Handerson.

Dudé un poco, y dudando pregunté:

—Antes desearía que me dijera algo más. ¿Por qué no toma asiento y hablamos?

—¿De qué? ¿De mí misma?

—¿Y por qué no? De sus palabras puede surgir algo que me diga quién o quiénes pueden desear su muerte, ¿no es así?

—Sí, puede ser. Y... ¿qué es lo que desea saber?

—Hábleme de sus amistades.

—¿Masculinas?

—Me es indiferente. Amigos, amigas, y todo cuanto gire a su

alrededor de un modo u otro.

—Todo en Handerson gira a mí alrededor, y yo giro alrededor de todo. Es una ciudad, una pequeña ciudad, o si lo quiere, un pueblo grande. Allí nos conocemos todos y...

—Dígame una cosa, miss Memphis —la interrumpí—: ¿Ese temor obedece a su trabajo o hay algo más?

Sonrió, por primera vez, y también por primera vez supe que sus dientes eran blancos, perfectos y pequeños; exageradamente perfectos e iguales.

—Eso es algo que por el momento no voy a decirle, pesquisa. Tome el caso o déjelo. De todos modos, si no acepta, buscaré a otro. ¿Qué decide?

Fingí pensarlo, y ella destrozó mi fingimiento cuando dijo:

—Tres mil dólares para que me guarde la espalda por una semana o quizá menos. Son... Son muchos dólares, míster Goodwan.

Pensé que tenía razón, si contaba sólo con su sueldo de secretaria.

—¿Algún hombre? —pregunté.

—¿Yo...?

—Estamos hablando de usted. ¿O lo ha olvidado ya?

—La respuesta es no. Por el momento, no... Pero eso no significa nada —su sonrisa se amplió al añadir—: ¿Qué mujer no desea tener un hombre a su lado? Cíteme una sola, pesquisa. Vamos —desafió—, apuesto a que no puede.

No dije nada, abandoné el sillón, tomé el sombrero y me lo encasqueté.

Cuando lo hice, ella ya estaba yendo hacia la puerta.

Descendimos hasta la planta baja utilizando el ascensor, y como había dicho, su coche estaba allí. Un "Alfa Romeo", de importación, por supuesto. Un convertible que valía una fortuna, para una simple secretaria.

—¿Le gusta?

—Es un buen coche, desde luego.

—¿Quiere conducir usted?

Entré en el coche pensando en que no era bueno, ni hacía pensar bien, tanta amabilidad por su parte para conmigo. Pero en vez de comentarlo, lo puse en marcha, despegándolo del bordillo de la acera.

Callamos ambos durante tres o cuatro millas, y creo que fue ella la primera en romper el silencio, cuando ya las primeras estrellas aparecían en el firmamento, por encima de nuestras cabezas.

—Sobre las ocho alcanzaremos ese motel, míster Goodwan —comentó.

—Así es —asentí, sin saber lo que decir, porque mi pensamiento

estaba un tanto lejos de allí; concretamente recordaba a míster Presley, un alcalde que levantaba y ponía, pavimentos, y un tipo que deseaba que yo tratara de impedirlo. Y su secretaria en la que pensaba ahora, porque ella, con su comentario, lo había querido así.

La miré a través del espejo retrovisor. Miss Memphis me observaba a su vez, sonriendo.

—¿Va a invitarme a cenar? —preguntó.

Hice una mueca.

—¿Entra eso en la minuta de gastos?

—¡Cierto que no, míster Goodwan! —replicó prestamente—. No hay nada más que una minuta; tres de los grandes. El resto es cosa suya.

—Apenas si tengo cien dólares en efectivo —dije esperanzado.

—Será suficiente... y nos sobrára para el desayuno. El coche tiene el depósito lleno, por lo que no tendremos que detenernos en ninguna gasolinera.

Lo que era un consuelo.

—De acuerdo —respondí—, la invitaré a cenar.

Me dedicó una sonrisa, ladeó la cabeza y se puso a mirar por la ventanilla.

No rompimos el silencio hasta que nos encontramos sentados en la barra del bar del motel, frente a sendos "Manhattan".

—Quisiera que me contestara con la verdad, pesquisa —dijo de buenas a primeras.

—¿Qué verdad?

—Quiero que me diga por qué vino o viene conmigo.

Estuve a punto de soltar una inconveniencia.

—Creo que usted me lo pidió. Incluso me paga por hacerlo. Tres mil dólares, ¿no?

—Correcto, así es —bebió casi hasta apurar el licor, y añadió mientras soltaba el vaso sobre la superficie del mostrador—. ¿Es ésa la verdad?

—¿Puede haber otra?

Instantáneamente me vi frente a las dos saetas que en aquel momento eran sus ojos.

—Puede, efectivamente, haberla, pesquisa —replicó—. Puede, también, que antes que yo recibiera usted una visita. ¿Fue o no fue así?

Me envaré, pero no aparté mis ojos de los suyos.

—No sé de qué me está hablando, miss...

—Llámeme Jill, ¿quiere?

—De acuerdo, Jill; no sé de qué me está hablando.

—¿No...?

—Ya se lo he dicho. ¿Por qué?

—Están ocurriendo cosas.

—¿Qué cosas?

Tomó el vaso, terminó con el "Manhattan" cuando yo no había empezado con el mío y respondió:

—A mucha gente no le gusta el alcalde.

Pensé lo mismo que ya pensara antes en la presencia de Peter Ricks.

—¿Y...? —fue lo que dije.

—'Está haciendo reformas.

—¿Qué clase de reformas? —inquirí, esperando poder sacarle algo más que le saqué a Ricks.

—En el suelo. Arregla una calle. Ya sabe cómo es eso. Pavimento de carreteras, alcantarillado nuevo... Pero a la gente no le gusta.

—¿Las alcantarillas y el pavimento?

—¡No, tonto! Ni mucho menos. Los impuestos que tienen que pagar los vecinos de la calle.

—Tal vez se exceda en los impuestos —aventuré a media voz, como si tuviera miedo de que alguien más, además de ella, me oyera.

—La contabilidad está bien, pesquisa. Se quejan de vicio. Antes, la calle, intransitable por completo, cuando caían dos gotas de agua, convertida en un río primero y en un barrizal más tarde, era objeto de duras críticas para míster Presley; y ahora lo son aún más, a causa de los impuestos. Y no se excede ni mucho menos. Cobra lo justo, lo que debe de cobrar, y tampoco el impuesto de la Alcaldía, sino del fisco. Y eso...

—Es inevitable, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Y qué más?

Abrió mucho los ojos, señaló el vaso que aún no había tocado y respondió:

—Será mejor que se beba eso, y nos vayamos a cenar.

Hice lo que me decía y luego, el uno junto al otro, nos sentamos en la mesa.

No empezamos a hablar hasta que nos sirvieron la cena, y una vez de nuevo solos.

Fui yo el que volvió a la carga, repentinamente, y con una pregunta:

—¿Por qué me ha contado eso, Jill?

—Por la sencilla razón de que deseo que sepa cómo andan los ánimos en Handerson.

—¿Y esos ánimos son los que la obligan a contratarme como guardaespaldas?

—Eso es sólo una parte. El resto...

—Sí, ya lo sé —la interrumpí—, debo tratar de averiguarlo yo solito.

No respondió y empezamos a cenar en silencio, que sólo se rompió al

terminar.

—¿Continuamos hacia Handerson, o prefiere que pasemos la noche aquí?

Hice un rápido cálculo mental.

—Tendrá que pagarse el hospedaje, muchacha —repliqué—. Mi capital son los cien dólares que le dije, menos el importe de la cena. A no ser que... que... ocupemos los dos una sola habitación.

—¿Hace siempre las cosas de este modo, pesquisa?

—No, no siempre. ¿Y...?

Me miró largamente, tratando quizá de averiguar cuáles eran mis más íntimos pensamientos, pero no lo logró ni mucho menos.

—Bueno.

No respondí, la llevé a la barra donde tomamos café y luego, muy juntos, subimos a la habitación.

Nos enfrentamos allí, mirándonos a los ojos, como lo que éramos en realidad: dos desconocidos.

—¿Y ahora...?

Extendió los brazos en cruz, bostezó ruidosamente y susurró, acercándoseme:

—Ahora, querido, tengo sueño. Pero antes... voy a dejar que me dé un beso.

La prendí por la cintura y mientras me inclinaba sobre los labios que me ofrecía pensé si aquello era ir derecho al infierno, dentro de un ataúd y con una bala en la espalda.

Luego ya no pude pensar en nada más.

Capítulo III

NO supe lo que me despertó; posiblemente nada. Ahora bien, cuando abrí los ojos, Jill ya no se encontraba a mi lado. Miré a mí alrededor.

Todo había desaparecido con ella. El dormitorio vacío, presentaba ante mis ojos un aspecto desolador; era el mismo dormitorio que la noche anterior, pero ahora notaba en él una extraña diferencia.

Maldije entre dientes, salté de la cama al suelo, me di una ducha, me vestí y una vez más miré a mí alrededor.

Nada; ni una nota, ni un solo centavo... y mucho menos los tres mil dólares. Era como si ella me hubiese llevado hasta allí con un fin premeditado, tal vez para hacerme perder unas cuantas horas. Y preguntándome por qué, abrí la puerta y salí al pasillo.

Silencio, que tampoco era roto por el ruido de mis pasos, ahogados hasta lo inverosímil por la gruesa alfombra que cubría el suelo.

Descendí hasta la planta baja y me acerqué al *hall*.

—La muchacha...

—Se marchó hace un par de horas —me interrumpió, con una sonrisa de conejo que no me gustó.

No respondí, antes me interesaba otra cosa, por lo que dando media vuelta salí del motel y fui a la playa de estacionamiento. Como esperaba, Jill se había llevado su coche.

Regresé sobre mis pasos, entró en el bar, tomé asiento en una de las mesas y pedí el desayuno. Al terminar pregunté al *barman*:

—¿Hay algún *bus* para Handerson?

—Sí, claro —consultó su reloj—. Pasará exactamente dentro de veinte minutos, y la parada está llegando a la curva que se ve desde aquí. Unas ciento cincuenta yardas.

Di las gracias, aboné lo consumido y regresé al *comptoir* donde pregunté, deseando agotar todas las posibilidades, si Jill había dejado algún recado para mí.

La sonrisa del empleado, cuando respondió, crispó mis nervios hasta lo indecible.

Diez minutos más tarde me encontraba en la parada del *bus* y cinco después subía, abonaba el billete, y me arrellanaba en uno de los asientos, junto a una ventanilla.

Recordaba de nuevo a Peter Ricks. Recordaba también a Jill

Memphis y al alcalde de Handerson. Recordaba muchas cosas más, pero aquello no servía para nada.

No supe tampoco, con exactitud, el tiempo que empleamos en llegar a la población.

Y como Jill había dicho, más que una ciudad era un pueblo grande, una de cuyas calles, posiblemente la principal, estaba completamente levantada, incluyendo parte de las aceras, y me sorprendí de que las máquinas estuvieran paradas, de que las obras se encontraran paralizadas, de que no se viera a ningún obrero en torno a ellas, y que el silencio que gravitaba a mi alrededor se me antojara pesado en extremo.

El *bus* corría a lo largo de un pequeño trozo de la ancha calle y luego, doblando a la izquierda penetró por otra, algo más estrecha, a cuyo final se detuvo, y al hacerlo comprendí que habíamos llegado.

Descendí del vehículo, y me encaré al cobrador.

—¿Puede indicarme un hotel donde poder pasar unos días? —pregunté—. Soy forastero en Handerson.

—Retroceda por esta misma calle un par de manzanas, luego tuerza a la derecha, y lo encontrará. Ya verá el letrero colgado de la puerta.

Le di las gracias y me encaminé hacia allí.

La habitación era pequeña pero cómoda, y la ventana daba a la calle.

No estuve mucho tiempo, sólo lo indispensable y regresé a la calle. Era sobre el mediodía cuando entré en un bar, pedí un whisky en la barra y hecho esto entré en la cabina telefónica.

Disqué.

—Sí, ¿dígame...?

—Deme el 324 L. 28 de Las Vegas —dije.

—Deposite en la ranura medio dólar, y no se retire.

Lo hice así.

Unos segundos más tarde establecí la comunicación, y cuatro después me hallaba en la barra frente al whisky, diciéndome que fuera como fuese, debía ir a la Alcaldía, y husmear un poco por allí, por si tropezaba con Jill o con Ricks.

Tenía la seguridad de que alguno de los dos se presentaría en el momento oportuno, pero la primera que lo hizo fue la policía.

No vi a ninguno de los dos; el personal de la Alcaldía salió sobre el mediodía, pero Jill brilló por su ausencia y me pregunté si es que trabajaba en el domicilio de Presley, por lo que retrocedí hasta el hotel y fui al comedor en espera de que me sirvieran la comida.

Empezaba cuando les vi entrar.

No les conocía, no les había visto en mi vida, pero tuve la intuición de que aquellos dos venían por mí, o en su defecto para hablar conmigo.

No me moví, permanecí sentado, haciendo como si no les hubiera visto, y por tanto continué comiendo, pero con los nervios tensos como

cuerdas de guitarra.

Como he dicho, eran dos; uno de paisano y el otro de uniforme, llevando sobre la camisa la estrella distintivo de su cargo.

Grueso el de paisano, con un pequeño bigote que le sombreaba el labio superior, rubio, de ojos negros, y oliendo a "bofia" a mil millas de distancia.

El otro, el de uniforme, era alto, delgado, cetrino, y sus ojos eran grises como los míos; en su cintura nevaba una cartuchera con un revólver y observé que su mano estaba muy cerca de la tapa, y estuve a punto de sonreír ante la precaución, preguntándome de paso qué diablos ocurría para aquella visita.

¿Jill acaso, o tal vez fue el propio Ricks? Ninguno de ellos había soltado un solo centavo por mi presencia allí, y a pesar del hecho yo había ido.

El hilo de mis pensamientos lo rompió el de paisano, ya junto a la mesa, y ante la mirada curiosa y expectante de los demás comensales que había en aquel momento en el comedor.

—Forastero, ¿verdad?

Aparté los ojos del plato y les miré alternativamente.

—Así es. ¿Por qué?

—¿Cuándo llegó usted a Handerson?

Dejé el tenedor sobre el borde del plato, hice una mueca y pregunté a mi vez:

—¿Quiere identificarse, por favor?

—Teniente Murphy de la policía de Handerson. Vamos, responda, ¿cuándo llegó usted? Me recosté contra el respaldo de la silla.

—Esta mañana en el *bus*, teniente. Ahora, ¿quiere decirme qué diablos ocurre para que no me pueda dejar comer en paz?

—¿Es cierto eso?

—¿El qué? ¿El que no me deja comer en...?

—Estoy hablando en serio.

—Y yo también, teniente —repuse—, aunque usted crea lo contrario. Vamos, dígame primero cuáles son mis derechos, y luego continúe con el interrogatorio, aquí o en el precinto. Sé cuáles son mis obligaciones, teniente. ¿Va a acusarme de haber utilizado el *bus* sin abonar el billete?

Se puso rojo mientras que el de uniforme daba un paso hacia la mesa.

—Un tipo listo, ¿no?

—Como otro cualquiera —atajé—. Ni más ni menos como usted, teniente. Formule una acusación, la que sea, y nos iremos donde desee. De no ser así, quiero continuar comiendo.

Murphy tardó varios segundos en contestar, y cuando lo hizo fue con una nueva pregunta:

—¿Puede decirme a qué ha venido?

—Sí, claro. ¿Por qué no? Negocios.

Su siguiente pregunta no me sorprendió porque la esperaba.

—¿Qué clase de negocios?

—Eso, teniente, no se lo voy a decir a usted. No, si no es por consejo de mi abogado.

—¿Quiere decir que necesita un abogado, forastero?

Miré al policía de uniforme y le dediqué una sonrisa.

—Todos, una vez u otra, tenemos necesidad de un abogado, polizante. Incluso usted, si llega el caso —dio otro paso hacia la mesa, pero se detuvo ante una señal del teniente, y proseguí—: Vine a solucionar un problema, y me iré en paz tan pronto como lo haya hecho. ¿Satisfecho?

Una vez más, Murphy inquirió:

—¿Tardará mucho?

—¿En qué?

—En irse.

—Al parecer no le gusta mi presencia aquí, ¿verdad?

—Ni me gusta ni me deja de gustar. Ahora, ¿quiere decirme dónde se hospeda?

—Aquí mismo, teniente.

—Correcto —vaciló un poco y al fin lo soltó—: ¿Quiere darme su tarjeta de identidad? Introduje la mano en el bolsillo de la americana, saqué la cartera y de allí lo que me había pedido, y se la mostré.

—Jimmy Goodwan —leyó bajito—, de veintisiete años, soltero... de ocupación... —me miró a los ojos con la tarjeta en la mano—. Sin ocupación fija, ¿eh? Es... extraño.

—¿Por qué? —inquirí—. Pago religiosamente mis impuestos al fisco y no tengo prontuario policíaco.

Sin hacer caso continuó leyendo:

—Quinientos ochenta de la calle Fremont, piso treinta y siete, apartamento doscientos ocho, Las Vegas.

Seguí esperando a que añadiera algo más, sin pronunciar palabra, pero Murphy no lo hizo. De un modo repentino lanzó mi tarjeta de identidad sobre la mesa, dio media vuelta haciendo una señal al otro y entonces, cuando ya empezaba a alejarse, lo hizo.

—Espero que nos volvamos a ver Goodwan —dijo.

—Será un placer, teniente —respondí fijando mi atención en el plato.

No fue por mucho tiempo. Tal vez un minuto o dos, y entonces le oí gritar:

—Extra... ¡Extra...! Extra... con el suicidio del alcalde Presley.

El bocado que intentaba pasar se pegó a mi garganta y mi rostro se congestionó durante unos segundos, y luego, de un modo brusco, hice ademán de ponerme en pie, pero tampoco lo hice.

Miré a mí alrededor.

Los comensales parecían no haberse enterado de nada, parecían, también, no prestar atención al muchacho que en la puerta continuaba vociferando.

—¡Extra! ¡Extra... con el suicidio del alcalde Presley!

Me hubiera gustado salir, comprar un periódico y leerlo, pero guardé para mí este nuevo deseo casi incontrolable.

Inmóvil, barajando en el interior de mi mente todo lo que tenía, que era muy poco, que era... nada, y de este modo terminé con la comida. Entonces me puse en pie. El muchacho que vendía el periódico se había alejado de la puerta del hotel, y ahora ya no se oían sus voces, pero en el interior de mi mente continuaban sonando aún; no se habían extinguido.

Jill Memphis, Ricks, la policía... buscando, interrogando a todos los forasteros que entraban en Handerson, y quizá, tal vez, interrogando también a los de la población cuando trataban de abandonarla.

¿Por qué? ¿Por un simple suicidio?

Podía o no ser así.

Extraje el paquete de cigarrillos, encendí uno, y con éste colgado de la comisura de la boca di media vuelta y lentamente me acerqué a la escalera.

Unos minutos más tarde me encontraba en mi habitación, tendido en la cama completamente vestido, fumando, y con el pensamiento lejos de allí.

Esperando, en realidad sin saber qué.

No ocurrió nada hasta que las primeras estrellas brillaron en el firmamento y se encendió el alumbrado público de las calles.

Entonces sonó el teléfono que había sobre la mesita de noche.

Le miré. Podían estar escuchando desde cualquier parte tan pronto como tomara el auricular; podían incluso no hacerlo, pero fuera como fuese lo tomé, llevándomelo al oído.

—¿Dígame...? —inquirí.

—Míster Goodwan, ¿verdad?

Reconocí la voz al instante, y respondí:

—Sí, así es.

No dio su nombre, seguro de que le había reconocido, y continuó hablando.

—Quiero hablar con usted, ¿comprende? —continué callado y

añadió—: El bar se llama La Estrella, y está situado en la calle Catorce, junto a un poste de gasolina. No tiene necesidad de tomar un taxi, pues está cerca, a menos de seis o siete minutos de ahí, andando. Sobre las doce.

Cortó la comunicación antes de que lograra contestarle, por lo que hice lo mismo, encendí un nuevo cigarrillo y consulté el reloj. Las ocho de la noche. Faltaban, pues, cuatro horas, cuatro, y no sabía qué hacer.

Maldije en voz baja, salté de la cama al suelo, me acerqué al armario ropero, tomé la americana, me la coloqué, y en aquel momento llamaron a la puerta.

Abroché la americana antes de ir a franquear el paso al que fuera.

Lo hizo, y ella quedó enmarcada en el umbral.

Morena, de pelo largo que le caía en cascada sobre los hombros semidesnudos, el nacimiento de los redondos pechos y la maxifalda bajo la cual más que adivinar se veían la puntera de un zapato de alto tacón.

—Llevo medias —dijo.

—Lo he supuesto, querida.

Sus ojos, grandes, rasgados, tanto o más negros que su pelo, se mostraron risueños.

—¿Puedo pasar?

Me aparté a un lado y cruzó el umbral; lanzó una mirada a nuestro alrededor y fue a sentarse en el borde del lecho, cabalgando una pierna sobre la otra.

—¿Y bien...?

La risa que había en sus ojos se trasladó a sus labios.

—Necesito cien dólares —dijo.

—¡Toma! —exclamé—. Y yo también.

Su risa alegre, cristalina, súbita, me hizo reír a mí también.

Capítulo IV

NOS quedamos mirando ahora, fijamente, y ella rompió el silencio cuando menos lo esperaba:

—Le estoy hablando en serio —dijo. Y parecía ser verdad a juzgar por la expresión que en aquel momento tenían sus pupilas, en contraste con su hilaridad anterior—. Por si no lo sabe, pesquisa, tengo que comer.

Sufrió un sobresalto interior y luché denodadamente porque ni mi rostro ni mis ojos delataron la sorpresa que experimentaba en aquel momento.

—¿Cómo ha dicho?

Sonrió, su sonrisa era bonita y sus dientes perfectos, dientes que me recordaron a los de Jill.

—Me ha oído perfectamente, Goodwan —respondió, y ahora no me sorprendí y tampoco traté de negar.

—¡Chantaje! —pregunté—. Si es así...

Ella me interrumpió.

—¡Nada de eso, querido! Vine a darle información. Una información que usted necesita. —¿Y si no es así...?

—Tal vez al teniente Murphy de la policía local le interese saber que un fisgón de renombre de Las Vegas se ha metido en Handerson para tratar de sacar al aire los trapos sucios o limpios del querido y fallecido míster Presley, alcalde de la ciudad.

—¿También sabe eso?

—¡Oh! ¡Cierto que sí!

No dudé más...

—Por ejemplo... —dije.

—Puedo darle las señas de míster Presley... Es decir, de mistress Jenny Presley, ahora viuda inconsolable; puedo decirle dónde vive la secretaria, una tal Jill Memphis, ya sabe. Y puedo, también, dejarme acompañar por usted... y darle las señas de mi apartamento.

—¿Para ir a visitarla por la noche?

—Para ir a visitarme por... ¡Porras! ¿Entiende?

—Correcto, pequeña. ¿Me da esas señas?

Ella extendió hacia mí una mano de dedos largos, finos, manos bien

cuidadas y con ellos hizo un gesto gráfico y elocuente.

—Deme la pasta, Goodwan, y confeccionaré la lista para usted.

—¿Incluyéndola a...?

—La encabezaré, querido.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón, saqué un arrugado billete de cien dólares, se lo di, lo guardó en el bolso y antes de cerrarlo sacó un bolígrafo y un trozo de papel.

Haciendo servir la superficie del bolso como mesa, sobre sus rodillas, que me hubiera gustado contemplar, empezó a escribir. Aproveché el momento que me brindaba y sin dejar de observarla encendí un nuevo cigarrillo.

—La nota —dijo.

La tomé de su mano y la miré.

Como había dicho, encabeza la lista.

—Gracias por esos dólares, Goodwan —dijo mientras leía—, me compraré unas medias.

—¿Me dejará verlas? —inquirí mirándola ahora a los ojos.

—¿El qué? ¿Mis piernas?

—Las medias —dije.

—Tan pronto como las tenga puestas. Y ahora, querido, tómeme del brazo, sáqueme de esta habitación, y lléveme a cenar por ahí.

—Sí, si usted paga su parte.

—¡Pues claro que sí! Como dos buenos amigos... uno de los cuales, en este caso yo misma, le hace chantaje a otro.

Se puso en pie sin que me decidiera replicar, so pena de echarlo todo a perder.

—¿Dónde quiere que la lleve?

—Podemos ir... Bueno, tal vez en La Estrella estemos bien.

Estuve a punto de soltar una maldición, de traicionarme incluso, pero logré controlarme a tiempo mediante un esfuerzo.

—De acuerdo —respondí, sacándola de la habitación poco menos que empujándola—. Iremos a La Estrella.

Y observé su bello rostro, pero ningún cambio se operó en él, por lo que deduje que tal vez su deseo sólo obedecía a una coincidencia sin doble intención.

Pregunté tan pronto como nos vimos en la calle, donde se colgó de mi brazo con perfecta desvergüenza:

—Hábleme de Jill Memphis, ¿quiere?

Me lanzó una fugaz mirada, vaciló unos segundos y preguntó a su vez:

—¿Qué es lo que desea saber?

—Todo lo que pueda decirme.

Había duda en sus ojos y en su vacilación, también en sus palabras cuando empezó:

—Es... Es... Bueno, hay quien dice que no es una buena muchacha, y otros que no lo es tanto.

—¿Con cuál versión se queda usted?

—Con ninguna de las dos, pesquisa.

—Y de ese modo no se compromete. ¿No es así?

—Seguro.

No respondí y continuamos andando, hasta que ella lo rompió.

—Allí es.

Afirmación que no hacía falta, pues también había visto el letrero sobre la puerta.

Me detuve antes de empujarla y la miré; sostuvo la mirada, pero no permaneció callada, pues preguntó:

—¿Qué ocurre ahora, Goodwan?

—Falta algo en la nota que me dio, querida.

Arqueó levemente una de las cejas.

—¿Y es...?

—Usted me dio su domicilio, nena, pero no apuntó su nombre.

—Fue... un olvido voluntario, querido.

No respondí, me adelanté un paso, abrí la puerta apartándome a un lado y ella cruzó al otro lado.

La seguí por entre las mesas, en un local casi a oscuras, tenuemente alumbrado con bombillas rojas y azules, hasta una, apartada en un rincón, donde nos sentamos.

—¿Dan de cenar en este lugar? —inquirí, mirando a mi alrededor.

Había parejas arrullándose entre las sombras, al fondo una pequeña pista y los instrumentos propios para que un cuarteto interpretara cualquiera sabía qué clase de música.

—Dentro de un momento nos la servirán, si la pide tan pronto como se acerque una de las camareras.

Fui a responder, pero no pude, ya que la muchacha estaba allí; dejé que fuera mi desconocida acompañante la que ordenara el menú, y mientras lo hacía volví a dirigir mis ojos hacia las mesas, hacia los oscuros rincones, y luego hacia la puerta, y entonces la vi.

Contuve el aliento.

El vestido, un minivestido, mostraba las piernas casi en su totalidad, y la blusa dejaba al desnudo parte de la tersa y juvenil espalda, y por delante la curva de los pechos, pequeños y redondos, y estaba yendo directamente hacia la barra, donde tomó asiento en uno de los taburetes, cabalgando una pierna sobre la otra.

Mi acompañante formuló una pregunta en aquel instante:

—Es hermosa, ¿verdad?

Ladeé el rostro para mirarla.

Los suyos, negros y misteriosos, se mostraban impasibles.

—Así es —afirmé un tanto secamente—. Y ahora, si no le sabe mal, y mientras nos traen la cena, voy a hablar con ella.

—¡Pesquisa! ¡No me diga que la conoce! ¡Y qué callado se lo tenía!

Me puse en pie y entonces añadió:

—Correcto, querido, le esperaré.

Sorteé las mesas, un par de parejas, y me acerqué a la barra. Sin pronunciar palabra tomé uno de los taburetes, lo coloqué a su lado y me senté. Cuando lo hice, ella ya estaba mirando.

—Hola, Jill —dije suavemente—. Me alegro volver a verte.

Abrió mucho los ojos, vaciló un poco y preguntó:

—¿Cómo ha dicho?

—Sencillamente que me alegro de verte de nuevo, Jill Memphis —repetió.

Y se echó a reír, volviéndose hasta enfrentar al *barman*, que no nos perdía de vista, aunque lo suficientemente alejado de nosotros como para que no pudiera oír lo que habíamos hablado.

—Un momento, Lass —dijo haciéndole una seña.

El *barman* se acercó a nosotros, fue a formular una pregunta, pero Jill se adelantó a sus deseos.

—¿Quieres decirle a este forastero quién soy yo? —dijo—. Me está confundiendo con la secretaria particular de míster Presley.

Me dejó de una pieza, justo en el momento en que el *barman* respondió:

—Usted es Verónica Dale; miss Verónica Dale, de los Dale de Handerson.

Era chino para mí, y ella ya se estaba bajando del taburete, dejando casi sin empezar el whisky que había pedido.

—Y ahora le ruego que me perdone... si con estas luces me confundió con esa muchacha.

No tuve tiempo de maldecir; la que hasta entonces fue para mí Jill Memphis, dio media vuelta y abandonó el local.

Descendí del taburete, di un paso, dos incluso hacia ella, y recordé a mi pequeña chantajista, y con ella mis cien dólares que llevaba en el bolso.

Ladeé el rostro para mirar. Me estaba sonriendo desde la mesa, donde ya habían servido la cena.

Consulté el reloj mientras me acercaba.

Las diez y media; faltaba pues, hora y media para mi cita con Ricks, y no sabía cómo sacarme de encima a la muchacha que me acompañaba.

Tomé asiento frente a ella, que espetó apenas si lo hube hecho:

—Por lo visto no tuvo suerte, Goodwan —dijo.

Se estaba burlando de mí, lo sabía con absoluta certeza, pero nada podía hacer por impedirlo.

—La confundí con otra —y pregunté antes de que pudiera decir nada al respecto—: Usted la conoce, ¿verdad?

—¿Y quién no en Handerson, pesquisa?

—¿Quién es, en realidad?

—Uno de los capitostes más prominentes de la ciudad.

—Eso ya lo he supuesto, como supongo que el segundo en importancia era el alcalde. ¿O tal vez fue el primero?

—El segundo.

—¿Amiga de él?

—¿Quién, Verónica?

—Sí.

—Amiga de mistress Presley... y tal vez de Jill Memphis.

—Hábleme más de ella, de Jill.

—Es una muchacha que promete.

—¿En qué sentido?

—En todos. Y sabe cosas.

—¿Qué cosas?

—¿No cree, querido, que en vez, de hacer tantas preguntas, lo que debe es empezar a cenar? Luego, cuando terminemos, podrá acompañarme a mi apartamento.

—¿Para quedarme allí?

—¿Conmigo?

—Eso es lo que he dicho.

—¿Toda la noche?

—Sí, así es.

—Una... Una...

—¡Porra! —concluí yo.

—¡Claro, pesquisa! Qué tonta soy. ¡Dio usted con la palabra exacta!

Me abstuve de maldecir, y empezamos a cenar.

Al concluir, casi tres cuartos de hora más tarde, invité, porque no podía hacer otra cosa, a trueque de perder mi cita con Ricks:

—¿Quiere que bailemos?

Sonrió.

—No, esta noche, no. Sé que le estoy robando su tiempo... y que la persona a la que tiene que ver aquí, dentro de unos minutos, no aparecerá si le ve acompañado.

Ahora sí que no pude contenerme y maldije, justo cuando ella, bolso en ristre, empezaba a alejarse hacia la puerta.

Fui detrás alcanzándola cuando iba a franquearse el paso.

—Si lo desea, pesquisa, acompáñeme, pero se tendrá que quedar fuera, y su cita con míster Ricks... se perderá.

Maldije una vez más, momento que aprovechó para salir a la calle.

No la seguí, di media vuelta y regresé a la mesa, tomé asiento y esperé, mirando las manecillas del reloj.

Las doce menos tres minutos.

Encendí un cigarrillo.

Lo mediaba cuando de nuevo miré la esfera. Las agujas parecían soldadas, no se movían o por lo menos ésa era la sensación que experimentaba.

Miré la puerta de entrada al bar.

Pero no fue de allí de dónde vino la sorpresa, sino de una de las camareras, la misma que nos había servido la cena.

—Es usted míster Goodwan, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, así es.

—Le llaman al teléfono, por la cabina dos. La encontrará al fondo del local, tras aquellas cortinas.

Fue a alejarse y la llamé.

—Espere un momento, por favor.

Se detuvo, mirándome a los ojos.

—¿Sí...?

Me sentí espantosamente ridículo cuando pregunté:

—¿Conoce a la muchacha que se encontraba conmigo?

—¿Se refiere a la que ha cenado con usted?

—Sí, eso es.

—No. Es forastera en Handerson.

No respondí. Es decir, lo hice, para dar las gracias, y me dejó solo.

Capítulo V

TOMÉ el auricular, luego de cerrar a mi espalda la puerta de la cabina.

—¿Sí...? —pregunté.

—¿Goodwan...?

Fruncí el ceño.

—¿Quiere decirme usted a qué cuernos estamos jugando, Ricks?

Al otro lado hubo un bufido, una pausa, y contestó:

—No pronuncie nombres, pesquisa... Bueno, abandone el bar por la puerta de atrás. No tiene nada más que seguir el pasillo donde se encuentra ahora. Eche a andar, tuerza a la derecha por la tercera bocacalle, cruce al otro lado y camine por la acera de la izquierda, y saldré a su encuentro.

—Venga usted aquí —fue lo que dije.

Se descompuso soltando un chorro de maldiciones.

—No puedo —respondió cuando terminó con el repertorio—, Me están buscando.

—¿Por qué?

—Míster Presley —dijo.

Y cortó la comunicación.

Lentamente, rumiando sus palabras, coloqué el auricular sobre un soporte y abandoné la cabina. Dudé entre regresar al local o abandonarlo por donde Ricks quería, hasta que repentinamente opté por lo segundo. Di, pues, la espalda al interior del bar y empecé a andar buscando la salida.

Una calleja, apenas alumbrada, varios cubos de basura, oliendo mal, papeles y trapos sucios por doquier, y los fosforescentes ojos de un gato que saltó hacia las sombras perdiéndose de mi vista en contados segundos.

Continué andando.

La primera bocacalle; crucé al otro lado y seguí caminando. La segunda; abandoné la acera, di un par de pasos hacia la opuesta y el estallido de la detonación junio con el chirrido de la bala y su choque contra la pared, unas pulgadas por encima de mi cabeza, me nielaron lanzarme al suelo.

Di un par de vueltas, tratando de sacar la automática de la funda sobaquera, y un par de proyectiles más levantaron chispas del

empedrado de la calleja, y luego se hizo el silencio.

Pesado, siniestro, de tumba, silencio que parecía extenderse a todo lo largo y ancho de la población de Handerson, pero yo sabía que no era así.

Tres o cuatro segundos más tarde el pitido de los silbatos de la policía me decía que mis sospechas eran acertadas.

Me puse en pie y corrí hasta la calle siguiente, crucé al otro lado y seguí corriendo hasta la inmediata, que doblé del mismo modo.

Uno, dos, tres, cuatro o quizá cinco pasos a buena marcha, y entonces él salió de un portal.

—Vamos, rápido —dijo, sin al parecer hacer caso a la "Magnum" que yo continuaba empuñando.

Entré en el portal, tras él, y cerró a nuestra espalda.

La oscuridad más absoluta nos envolvió, y creí oír con perfecta claridad los latidos de mi corazón en aquel silencio que nos envolvía.

Noté los dedos crispados de Ricks en mi brazo.

—Venga por aquí, Goodwan —dijo en Un susurro—. Y no tema, que no tropezará. Esta casa está vacía.

La atravesamos en silencio, él sin soltarme, andando despacio, sin encender ni un fósforo, temeroso, quizá, de que la policía estuviera en la calleja que acabábamos de abandonar.

Repentinamente una puerta nos cerró el paso.

No la vi, pero al detenerse Ricks tuve que hacerlo yo.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—A cincuenta yardas de la carretera estatal número 1, Goodwan —replicó—. Escogí esta casa por la sencilla razón de que... Bueno, ya se lo dije, me están buscando.

—¿Por qué, y quiénes? —pregunté.

—Se lo diré fuera.

—Me lo dirá ahora, Ricks, o le dejo aquí y voy en busca del teniente Murphy.

—Es usted... un hijo de perra, fisgón, pero... pero... Bueno, ellos creen que maté a míster Presley.

—El diario dice que es un suicidio.

—¡Un cuerno, Goodwan; eso es lo que es! Es... asesinato. Se voló los sesos y dejó una nota diciendo que ponía fin a su vida porque no podía más.

—Y aun así...

—Es crimen, homicidio, asesinato, llámese como se llame. Y le apuesto a que cuando pesquen al tipo que lo hizo, le acusarán en primer grado.

—¿Cómo está tan seguro?

Se rió en las sombras.

—No fui yo quien lo hizo, si su pregunta de ahora obedece a que lo está pensando. No, no fui yo.

—Correcto —dije—. Pero ¿cómo sabe que fue asesinato?

—Todo el mundo deseaba su muerte. No era... Dicen que no era bueno, y se había creado un sinfín de enemigos. Eso es lo que supongo... o eso es lo que se dice.

—Y usted, ¿le odiaba, Ricks?

—Tal vez más que ninguno.

—¿Por qué?

—Eso, Goodwan, no se lo voy a decir... aunque sé que lo averiguaré. Noté cómo tanteaba la puerta en la oscuridad.

—¿Qué va a hacer ahora? —indagué.

—Salir. No pretenderá que estemos aquí toda la noche, ¿verdad?

—No, ni mucho menos.

—En ese caso, vamos.

Abrió, pulgada a pulgada, y frente a mí quedó el llano, los postes del teléfono y del telégrafo, no a mucha distancia, y la iluminación de la carretera estatal.

—Tengo un coche cerca de aquí —dijo.

—Lo he supuesto, pero yo no voy a ir con usted a parte alguna.

—No he dicho que lo haga, pesquisa... pero tampoco trate de impedírmelo.

Introdujo la mano en el bolsillo del pantalón, sin lanzar ni por equivocación una sola mirada a la automática que aún continuaba en mi mano, y sacó un rollo de billetes.

Ricks tomó cinco y me los dio.

—Cinco de los grandes, Goodwan —dijo—. Espero que esto sirva para que me saque del lío.

—Y usted...

—Voy a tratar de romper el cerco de la policía. El que tendrá puesto desde la muerte del alcalde.

—¿Y si no es así?

—Sea como fuere, tenga por seguro de que me pondré en contacto con usted. Estábamos fuera cuando pregunté, sorprendiéndole:

—¿Qué sabe de una mujer llamada Verónica Dale?

—¿La conoce?

Sin responder a su pregunta insistí:

—¿Qué sabe de Verónica, Ricks?

—Era muy amiga de la familia Presley.

—¿Del marido o de la mujer? —pregunté.

—De ambos, pero hay quien opina que lo era más de míster Presley.

—Otra cosa, Ricks...

—Lo siento —me interrumpió—, no puedo perder mucho tiempo ahora.

—Una sola pregunta. Respecto a Jill Memphis.

—¿Y es...?

—Quiero sus señas —pedí, pensando que mí desconocida amiga ocasional de aquella noche podía haberme mentido al dárme las.

—¿Piensa ir a verla?

—¿Me da esas señas? —fue lo que dije.

—Sí, claro.

Me las dio y las apunté como pude, casi a oscuras.

Cuando terminé, Ricks se estaba alejando a buen paso hacia un grupo de espesos árboles que crecían a menos de treinta yardas de la casa.

Durante unos segundos dudé entre seguirle o no, hasta que dando media vuelta rodeé el edificio, y traté de orientarme. Una vez conseguido esto empecé a andar.

Un cuarto de hora más tarde mis pies pisaban la levantada calle principal, y como obrando por cuenta propia, a medida que caminaba, mis ojos iban mirando el alcantarillado, el asfalto que habían puesto y el que faltaba, y me dije a mí mismo que me hubiera agradado ver el presupuesto de las obras... y otro más, el que Presley le había pedido a sus vecinos, y si éste estaba completamente de acuerdo con los impuestos que dependían directamente del fisco.

Seguí mi camino, con la "Magnum" en la funda, pero atento a cualquier nueva agresión, que no se produjo.

De este modo, preocupado un tanto porque sabía positivamente que eran muchos los enterados de mi presencia en Handerson, quizá por boca del propio Ricks o porque alguien le siguió hasta Las Vegas, alcancé el hotel.

Las Vegas y...

Sí, posiblemente fue Verónica Dale la que le siguió, y por eso se presentó en mi despacho.

Luego el camino, el motel, y su negativa de conocerme en el bar La Estrella. Pero si era así, si me había entretenido con objeto de que llegara a la población después de la muerte de Presley... Era sencillo, demasiado sencillo para que me gustara.

Empujé la puerta, entré en el hotel, y yendo directamente a la escalera subí a mi habitación.

Me estaban esperando, y no era Verónica Dale ni mucho menos. No era, tampoco, mujer alguna.

Introduje la llave en la cerradura, la hice girar, y me franqueé el paso.

Desde la cama, donde se había tendido, completamente vestido, como era lógico, Murphy, teniente de la policía local de Handerson, me dedicó una fúnebre sonrisa.

—Pase y cierre la puerta, Goodwan —dijo suave—. Después de todo, esta habitación la paga usted.

Lo hice, lentamente, formulándome preguntas que no tenían respuesta por el momento, y al hacerlo me di cuenta que en el interior, al lado de la puerta en la izquierda según se entraba en la habitación, estaba el otro policía vestido de uniforme.

—Es mi mano derecha, Goodwan —siguió diciendo Murphy—. Agente Lass Torphe. Un tipo con mal genio.

Tomé asiento sin responder, pero inquirí tan pronto como lo hube hecho:

—¿Cómo ha entrado aquí, teniente?

Señaló la puerta con una torcida sonrisa.

—Por donde usted, por donde entra todo el mundo. El encargado me prestó la llave maestra —introdujo la mano en su bolsillo, me la mostró, añadiendo—: Sospecho que no tendrá nada que decir en contra, ¿verdad?

Y mi pregunta fue:

—¿Trae orden de registro, teniente?

—No; pero si hace falta, Lass puede quedarse con usted mientras voy a buscarla. Levanté la mano en señal de paz, y pregunté:

—Bien, teniente, ¿quiere decirme a qué ha venido?

—A hacer preguntas.

—Correcto, suelte la primera... y lárguese. Tengo sueño.

—¿De dónde viene... ahora?

—De dar un paseo.

—¿Sólo?

Tardé unos segundos en contestar, preguntándome qué era lo que sabía de mí o lo que dejaba de saber, y después lo hice.

—Escuche, teniente, ¿por qué no se quita la máscara de una vez y me dice a qué vienen tantas preguntas o, en su defecto, si hice algo fuera de la ley, por qué no me detiene?

—Jimmy Goodwan —recitó como en una letanía—, de Las Vegas y... La verdad es que me puse en contacto con la policía de allí, Goodwan.

—¿Y...?

Se incorporó sobre la cama hasta quedar sentado. En la puerta, el llamado Lass no me perdía de vista.

—Sólo quiero que me diga qué vino a hacer aquí, un hombre de su categoría.

—Tomé unos días de descanso.

—¿Nada más?

—Así es, teniente.

—Sí, es posible —me miró pensativamente y añadió—: O tal vez porque alguien fue a buscarle y le pidió que viniera a investigar.

Forcé una sonrisa.

—Lo que en otras palabras, teniente, quiere decir que aquí hay algo que merece ser investigado, ¿no? ¿Y qué es?

—Podría ser... los asuntos de la Alcaldía. ¿Es así, Goodwan? Escuche, no soy político ni mucho menos, ¿comprende? Sólo policía, que trata por todos los medios mantenerse dentro de la ley, y aquí, créame, es difícil.

—¿Por la Alcaldía?

—Hay muchas cosas más, pesquisa, pero... Bueno, ya se lo dije, soy un policía y nada más. No hay denuncia, ni hay caso —me miró de hito en hito y disparó la pregunta en tono seco—: ¿Por qué vino, Goodwan? ¿Qué sabe usted que yo no sepa?

Le miré vacilando, como jamás había vacilado en mi vida, sin saber a ciencia cierta lo qué decir ni lo qué hacer, ni confiarme o no... hasta que respondí, diciendo, como siempre, según era mí costumbre, según la costumbre de todos los fisgones que conozco, diciendo la verdad a medias.

—Tuve una visita, teniente.

—¿En Las Vegas?

—Sí, así es.

—¿Qué quería?

—Lo que supuso usted; que viniera y que investigara. Habló de algunas cosas que disgustaban al vecindario de Handerson, que disgustaba a todos; pero en fin al terminar, nada en concreto. Ni siquiera adelantó un solo centavo —terminé, pensando en los billetes que no hacía mucho me diera Ricks y que aún se encontraban en mi bolsillo.

—¿Hombre o mujer?

—¿Quién?

—Su visita en Las Vegas, Goodwan.

—Eso es... secreto profesional, por el momento.

No insistió en aquel punto, pero sí preguntó:

—¿Conoce a un tal Ricks?

Arqué una ceja, mirándole con asombro.

—¿Ricks...? No, por lo menos que yo recuerde. ¿Por qué?

—Por nada, pesquisa. Olvídelo.

—No oí hablar nunca de él, pero sí de un par o tres de mujeres, teniente.

Y vi cómo sus ojos fríos se animaban fugazmente.

—¿Quiénes son ellas?

—Una tal... Dale... y otra más que me acompañó esta noche a ese bar: a La Estrella. No logré averiguar ni su nombre ni su domicilio, teniente.

—Describámela, ¿quiere?

Lo hice, pero a mi modo, y al terminar su rostro estaba serio y su ceño fruncido.

—No conozco a un tipo de mujer así; por lo menos, en este momento no lo recuerdo —hizo una pausa y siguió—: Dígame, Goodwan; ¿su asunto, el asunto que le trajo, tiene que ver con el alcantarillado y con el pavimento de esta calle?

—Hablamos de eso, efectivamente, pero nada en concreto; fue otra de las referencias que hizo mi visita, pero como le digo, sin concretar nada. Exactamente nada.

—Si estuviera seguro de que me dice la verdad...

No respondí, y Murphy se puso en pie.

—¿Sabe que mataron al alcalde? —preguntó secamente.

—¿Qué...? Los diarios dicen que fue suicidio.

—Sí, es lo que dicen. Pero hay sospechas de que no fue así.

Pensé en la agresión de aquella noche, en la que me salvé de milagro, y como si adivinara mis pensamientos, el de la bofia añadió:

—Algo está pasando en Handerson que no me gusta, Goodwan. Algo mucho peor que en estos meses atrás. Y desearía... Bien, pesquisa, ¿qué sabe de esos disparos?

—¿Qué disparos? —inquirí.

Hizo un gesto de impaciencia con las manos y no insistió, tal vea por el gesto o porque en aquel momento continuaba diciendo:

—Si un tipo llamado Rieles se pone en contacto con usted, Goodwan, dígamelo inmediatamente. Le estamos buscando.

—¿Por la muerte del...?

—En parte; la policía... yo mismo, quiero interrogarle.

—¿Por qué?

Me miró displicente y contestó:

—Entre otras cosas, porque era la mano derecha de míster Presley. Entre miss Jill Memphis y él, llevaban casi todos los asuntos particulares del alcalde, y sospecho que también buena parte de los no tan oficiales.

—¿Estafa?

—Le dije que no soy político, sino policía. Mi intervención se debe a una muerte, pero no a un delito que no ha sido denunciado, si es que en

realidad se cometió alguna vez.

—¿Y qué dice ella?

—¿Quién es ella?

—Usted acaba de nombrarla —repliqué, queriendo dejar sentado el hecho—. Miss Jill Memphis. Dijo... Bueno, muy poco. En realidad, ¿quién es miss Memphis?

—Era la secretaria particular de míster Presley... y ahora, si la viuda no se queda con... con... los negocios de su difunto esposo, me temo que miss Memphis pierda el empleo. Y a propósito, Goodwan, ¿cómo era la mujer que esta noche le acompañó a La Estrella?

—Creo que ya se lo dije, teniente.

—Hágalo otra vez, ¿quiere?

Sabiendo que trataba de establecer un hecho, y que una vez establecido, tan pronto como amaneciera el nuevo día, se personaría en el bar, volví a describirle a la muchacha morena, pero poniendo sobre su pelo una aureola de fuego.

No me creyó, pero tampoco dijo nada en contra de mis afirmaciones. Sólo se limitó, cuando hube terminado, a hacer una seña a su acólito y ambos, sin despedirse, sin dar las buenas noches, abrieron la puerta y se alejaron por el pasillo camino de la planta baja y de allí a la calle.

Cerré la puerta con llave y miré a mí alrededor. No me gustaban las llaves maestras, pero eso era potestativo de todos los hoteles y por lo tanto no cabía protesta alguna. Encendí un cigarrillo, y pensativamente me acerqué a la ventana.

Miré.

El coche de la policía, silencioso, se despega en aquel momento del bordillo de la acera.

Estuve mucho tiempo allí, rumiando en todo aquello, desmenuzando, barajando una a una todas las conversaciones que había sostenido hasta el momento, incluyendo, claro, las de la policía, hasta que el súbito timbrado del teléfono me sobresaltó.

Giré en redondo, fui a la mesita de noche, tomé el auricular, levantándolo y pensando en Ricks pregunté sin comprometerme:

—¿Sí...?

—Goodwan, ¿verdad?

Era el teniente Murphy.

—Así es, teniente —repuse con voz seca—. ¿Qué ocurre ahora?

—Sólo una pregunta que no le hice antes.

—¿Y bien?

—¿Cuándo llegó usted a Handerson?

—Se lo dije la primera vez que nos vimos.

—Lo olvidé. ¿Cuándo?

—No lo sé con seguridad, teniente —dije—, pero hay un motel a pocas millas de aquí, en la carretera estatal Uno. Allí le informan. Pasé la noche en ese lugar,

—¿Con una dama o solo?

—Eso, teniente, es algo que sólo me importa a mí, y que también puede averiguar si lo desea, en el motel.

Corté la comunicación sin aguardar respuesta, dejé el auricular sobre la mesita de noche y me fui a dormir.

Pero no pude conciliar el sueño.

Capítulo VI

SIETE millas por la carretera, en dirección al desierto de Nevada. Era bastante. Podía pues, alquilar un coche, tomar un taxi, o ir a pie, pero aquello último no me agradaba, por lo que opté por la primera solución.

Tres cuartos de hora más tarde, bajo un sol que no tardaría en convertirse en una bola de fuego, tomé la carretera a buena velocidad, carretera casi solitaria en ambos sentidos, y pensé en Verónica Dale. Ella tendría forzosamente que tener una conversación conmigo, y luego aquella Jill Memphis, desconocida hasta el momento para mí.

Vi la cabaña de recreo media milla antes de llegar al pavimento camino que iba desde la carretera hasta la finca.

Pensaba una vez más en Verónica y en la muchacha morena cuyas señas me diera, por cien dólares, la primera de las cuales iba a visitar.

Tomé la curva, apartándome de la carretera, y vi el letrero que prohibía el paso, pero hice caso omiso y continué conduciendo, bajo el enramado de los raquíuticos árboles, las pocas y casi secas matas de artemisa y salvia, algún que otro cactus, señores y dioses del desierto, y luego, un poco más adelante, después de haber dejado atrás una cerrada curva, la piscina.

Y una mujer.

En bikini, en pie, haciendo pantalla con las manos hacia el camino, con los ojos ahora puestos en el coche que yo conducía.

Su piel brillaba al sol como un ascua. Y era joven; de eso me di cuenta poco después. De unos veintiocho a treinta años, alta, esbelta, de largas piernas y perfectos muslos, y de pechos redondos y firmes que la tira del bikini apenas si lograba contener en su cárcel de nylon.

Apartó la mano del rostro cuando estuve más cerca, casi encima, frenando ya el automóvil, y vi que eran oscuros, casi pardos o casi negros.

Lo detuve del todo y pregunté:

—Mistress Presley, ¿verdad?

Hizo una mueca de desagrado con los labios, clavó la vista en la matrícula del coche y mirándome de nuevo inquirió:

—Ese coche es de Las Vegas, ¿no?

—La matrícula, sí —dije.

—Pues márchese allí. No me gustan los forasteros ni los periodistas.

—No soy periodista.

—¡Ah! ¿No?

—Así es.

—En ese caso, tampoco me gustan los curiosos. Esa es otra cosa que debo decirle, forastero. Y ahí, más abajo, a la entrada del camino, hay un letrero que prohíbe el paso a...

—Perdone, pero debe habérselo llevado el viento —especifiqué con perfecta calma y también con perfecto cinismo—. El letrero, si es que estuvo alguna vez donde usted dice, ya no se encuentra ahí. Por lo menos, yo no le vi.

—¿Se marcha... o tendré que llamar a los criados?

Sin hacer caso, proseguí:

—Vine a preguntarle algunas cosas, cuya primera pregunta puede ser... algo sobre un alcantarillado, y sobre un pavimento.

Achicó los ojos que ahora brillaban, y vi claramente cómo sus senos acusaban un poco su respiración, que repentinamente se había vuelto agitada.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Traté de sonreír.

—Goodwan —dije dando mi verdadero nombre, pero mintiendo a continuación—. Goodwan, del Departamento Federal del Tesoro.

Su actitud cambió.

—Perdone si fui un poco brusca —dijo—. Mi marido se... se suicidó y...

—Lo siento —corté—. Y ése es otro de los motivos que me trae aquí. Trato de averiguar por qué lo hizo. Si tenía algún motivo para quitarse la vida. ¿Usted lo sabe?

—Yo... No, él... Hablaba poco conmigo de sus asuntos, tanto en lo referente a la Alcaldía como los particulares —guardó unos segundos de silencio e invitó—: Venga conmigo a la casa. Hace un calor horrible para que... que se quede aquí con este sol.

Abrí la portezuela del coche, en una muela invitación, se colocó a mi lado, me sonrió, extendió las piernas delante de mis ojos y puso el coche en marcha.

Medio minuto más tarde estábamos en el interior de la cabaña, en el amplio, lujoso y elegante *hall*, mirándonos a los ojos.

—Venga por aquí, míster Goodwan —siguió invitándome.

Y fui detrás sin pronunciar palabra, hacia la sala de estar, provista de un gran bar donde no faltaba nada. Ni aire acondicionado. Y confieso que me sentí a gusto en aquel ambiente casi perfecto.

—Espéreme un momento, ¿quiere? Voy a ponerme algo más en consonancia.

No quise decirle lo que verdaderamente pensaba, por lo que callé haciendo un leve gesto de asentimiento con la cabeza y se fue, diciendo de paso:

—Tiene bebidas en el bar. Prepare un par de whiskys mientras vuelvo.

Me acerqué a la barra, siempre en silencio, preparé las bebidas y esperé.

En realidad fue mucho menos de lo que cualquiera hubiera creído, y cuando apareció, llevaba el bikini y no regresaba sola.

El tipo que iba con ella, a su derecha, era joven, atildado, rubio, de ojos azul oscuro, de rostro correcto y frío, atlético, como un jugador de pelota base o un profesional de natación, con sus anchos hombros...

El mismo se presentó rompiendo el hilo de mis pensamientos, pero sin ofrecerme la mano.

—Usted dijo que se llamaba Goodwan, ¿verdad?

—Sí, así es. Jimmy Goodwan —terminé diciendo.

—¿Del Departamento del Tesoro?

—Sí.

Hizo una mueca y continuó:

—Soy abogado de la familia Presley, míster Goodwan... y amigo íntimo del difunto míster Presley. ¿Es que ocurre algo?

—En realidad aún no lo sé; por lo menos, no con seguridad.

Tomé el vaso, lo elevé hasta mis labios mientras ambos me contemplaban en silencio.

—Pero sospechará de algo en particular. Habló con mistress Presley de alcantarillado y...

—¡Ah, sí! —interrumpí—. El alcantarillado... Sí, claro, y lo cierto es que hay algo que no me gusta.

—¿Puedo saber de qué se tra...?

—Antes, míster... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—No se lo dije.

—¿Y bien...?

—Chick Callender, míster Goodwan. ¿Qué es lo que no anda bien?

—Hasta que no vea el presupuesto, no puedo decirlo.

—¿No? ¿Y qué presupuesto?

Sonreí.

—Uno, el único, el que trata de las obras a realizar en la población de Handerson. Washington concedió un crédito para esas obras... que ahora están paralizadas. El Departamento del Tesoro desea saber por qué, y sobre todo, revisar el estado de cuentas de la Alcaldía, y compararlo con lo que se trata de cobrarle a los vecinos de la calle, sobre pavimento y alcantarillado. ¿Me va entendiendo, míster

Callender? ¿Entiende ahora lo que busco?

Hubo un silencio que súbitamente se cargó de dinamita.

—Identifíquese, ¿quiere?

Solté el vaso sobre el mostrador, saqué la cartera y le mostré mi tarjeta de identidad.

—Como ve, esto no le dirá nada.

—No, desde luego no —respondió luego de lanzarle una ojeada y soltándola, también sobre el mostrador.

A nuestro lado, muy cerca, pero un tanto retrasada con respecto a él, mistress Presley callaba, observándonos atentamente.

—¿Conque del Departamento del...?

—Así es —retruqué.

Entonces se lanzó contra mí.

Vagamente oí gritar a mistress Presley, cerrando ya mis dedos contra la muñeca de Callender, en una llave de judo, y a continuación lo estrellé contra el mostrador y de allí se vino al suelo.

Soltó una seca maldición y llevó la mano a la funda de su axila.

—Tenga cuidado —dije—, estos chismes se disparan enseguida.

Me miró, con su automática a medio extraer, y estoy seguro de que a pesar de observar mis ojos, veía también la "Magnum" que yo empuñaba, cuyo cañón le estaba apuntando al centro del pecho.

—Póngase en pie, picapleitos —dije—, siéntese por ahí, y mientras se bebe ese whisky, podemos hablar.

—Un cuer...

—¡Siéntese, Callender! Hágalo, o me pondré en contacto con el teniente Murphy de la policía local. Tal vez tenga alguna versión con respecto a la muerte de míster Presley, que difiera bastante de lo publicado en los periódicos.

—Eso no puede ser, no es cierto. Mi marido se suicidó. Se... Se pegó un... Se pegó un tiro en la sien y... y...

Se desplomó sobre uno de los sillones y escondió el rostro entre las manos. Frente a mí, sin un solo ademán agresivo, Callender se estaba poniendo en pie.

Al terminar de hacerlo preguntó:

—¿Puede decirme ahora quién es usted?

—Un investigador privado de Las Vegas, al que pagan para que averigüe algo. Como ve, Callender, ambos somos... casi parecidos. Usted cobra por tratar de soltar asesinos, ladrones... y la hez de la sociedad, en su burla continua de la ley, y yo por encerrarlos.

—Es usted un perro...

—Todos tenemos algo de perros, picapleitos —le interrumpí—. Todos lo mismo, pero con distinto collar. Y el mío tiene clavos oxidados

con la punta hacia fuera. Tenga cuidado y no se destrozé la boca cuando trate de morderme la garganta. Y ahora, quiero saber cómo murió mister Presley.

—Ya se lo hemos dicho.

Remedando al teniente Murphy respondí:

—Quiero que me lo digan otra vez.

—Se disparó un tiro en la sien, Goodwan. Y ahora, lárguese de una vez.

—Antes quiero saber otra cosa.

Y guardé el arma en la funda sobaquera.

Fue mistress Presley la que formuló la pregunta:

—Vamos, fisgón, ¿qué nueva idea tiene?

—Una sola, por el momento, aunque más adelante puedo tener algunas más. Quiero saber todo lo que ustedes sepan de miss Jill Memphis... ¿Era o es su secretaria, como en vida lo fue de su marido?

—¿En concreto...?

—En concreto qué asuntos trataba, fuera de aquí, y dentro.

Fue Callender quien respondió:

—¿Por qué no se lo pregunta a ella? Miss Memphis sabe de esto más que yo mismo; más que todos nosotros juntos. Era la mano derecha de mister Presley —lanzó una fugaz mirada a Jennifer Presley y añadió de nuevo con los ojos fijos en los míos—: Ella no se encuentra bien, Goodwan, ¿por qué no se larga de una vez y la deja en paz?

Di media vuelta enfrentando la puerta, y me quedé de piedra porque ella estaba allí, arqueando una de sus cejas, con un brillo inusitado en las pupilas, observándonos alternativamente, en silencio, pero dando la impresión de que había oído, si no parte, toda nuestra conversación.

Jennifer Presley fue la que rompió el silencio:

—¡Jill! ¿Desde cuándo estás ahí?

La vi sonreír, burlona, regocijada, y a continuación oí su réplica justo con la maldición de Callender:

—Desde unos segundos antes de que empezaran las bofetadas, querida —ladeó la bella y morena cabeza y sus ojos negros me asaetaron cuando añadió—: Hola, pesquisita, cerebro verle de nuevo.

—¿Me siguió para pedirme otros cien dólares, muchacha? —pregunté.

Se echó a reír, se acercó, me prendió del brazo y preguntó:

—¿Me lleva a dar una vuelta?

—¿Adónde?

—Por ahí, a tomar unas copas, y a bailar.

—¿Y más tarde...?

—Podemos hacer una visita a mi apartamento.

—¿Y cuánto me va a costar esta vez?

Su sonrisa se amplió.

—Nada... Voy... Voy a devolverle los cien dólares.

—Dijo que eran para unas medias, ¿no?

Miró a Callender, a la silenciosa mistress Presley, que nos miraba a su vez como si estuviéramos hablando en chino, y respondió:

—No me gustan los chivatos, querido, pero en secreto, porque sé que no lo divulgará, le diré que me las compré y que las llevo puestas.

La miré. Minifalda en vez de la "maxi" que llevaba cuando nos encontramos por primera vez, y sus piernas, largas y esbeltas, iban cubiertas por finas medias de nylon color carne.

—¿Le gustan?

—Son perfectas.

—Me refiero a las medias, querido.

—Es lo que estaba diciendo, Jill.

Tiró de mí, hizo un ademán de saludo hacia los dos, que aún nos contemplaban boquiabiertos, y salimos.

No vi coche alguno aparte del mío, por lo que pregunté:

—¿Cómo ha llegado hasta aquí, Jill?

—No he salido.

—¿Cómo...?

—Pasé la noche en la cabaña. No es la primera vez que esto ocurre. Ahora, cielo, nos vamos a Handerson, ¿no?

Sin responder abrí la portezuela del coche y subió, acomodándose al lado contrario del volante.

Capítulo VII

PREGUNTÉ tan pronto como alcanzamos la carretera:

—Dígame, Jill, ¿cómo sabía usted que yo era quien soy en realidad?
Ladeó la cabeza y me miró fijamente.

—Ricks me lo dijo.

—Debí sospecharlo, cuando me enteré de que entre los dos llevaban todos los asuntos de Presley.

—No todos, querido.

—¿Qué más le dijo Ricks?

—Lo que había hecho. Que fue a Las Vegas para contratar a un detective privado y que éste venía hacia aquí. Indagué más tarde si había llegado algún forastero, y tropecé con usted.

—¿Así de sencillo?

—Sí. No hay más. Luego, quise divertirme un poco y creo que lo conseguí, a su costa —abrió el bolso, tomó cien dólares y fue a dármelos —. Sus cien dólares, Jim. Es... Es éste su nombre, ¿verdad?

—Esas medias son preciosas, querida —fue lo que dije.

—Lo sean o no, no voy a dejar que me las quite, pesquisa.

—Son preciosas —repetí—, por lo que puede guardarse esos dólares, Jill.

—¿Debo mostrarme agradecida?

—Por supuesto que sí.

—¿Qué tal de agradecida?

—Si le dijera eso, Jill, trataría de lanzarse del coche en marcha, y me metería en un compromiso con la ley.

Se echó a reír.

—Estoy hablando en serio, Jim —dijo al segundo siguiente.

—Y yo también, aunque usted no lo crea. Ahora, ¿quiere responder a una pregunta?

—Si no es más que una...

—¿Qué relaciones la unen con Ricks?

Abrió mucho los ojos,ladeó el rostro, miró por la ventanilla, y de nuevo fijos en mi rostro, contestó:

—Ricks es una persona excelente, Jim. Una gran persona y un buen amigo mío. Nada más que amigo, si es eso lo que desea saber.

Cualquiera se lo puede decir en Handerson.

Pensé rápidamente, e inquirí:

—¿Está conforme con todo esto, Jill?

—¿Se refiere a la muerte de míster Presley?

—Sólo en parte. Dicen que se pegó un tiro en la sien, y dejó una nota. ¿La vio usted?

—Ni la nota ni el cadáver. La identificación y todos los trámites los llevó ese abogado, Callender.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio antes de formular una nueva pregunta:

—¿Qué sabe de Callender y de la viuda Presley?

—Lo que todo el mundo.

—¿Y qué es lo que sabe?

—Sin comentarios, pesquisa, con lo que le doy un margen para que piense lo que quiera del asunto.

No dudé ahora en formular la siguiente:

—De ese pavimento, ¿qué sabe usted, Jill?

Tardó en contestar; bastante más de lo que esperaba.

—No agrada a nadie. Y ahora sí le digo la verdad. Hay algo que no huele bien.

—¿Y es...?

—Esa es una de las pocas cosas que no sé. Pertenece por supuesto a la Alcaldía, y no a los asuntos particulares de míster Presley.

—¿Qué era Ricks para el alcalde?

Jill vaciló una vez más, hasta que dijo:

—Primero fueron amigos, pero ya no.

—¿Qué ocurrió?

Trató de sonreír sin conseguirlo.

—Eso, y perdone, Jim, es mucho mejor que se lo pregunte a él.

—Lo haré la próxima vez que le vea.

Estábamos dando vista a la población cuando Jill preguntó:

—¿No le hace falta una secretaria, querido?

—¿Por qué, o para qué?

—Bueno, soy, entre otras cosas, una buena, de las mejores de por aquí, y estoy sin empleo. Puedo ser, también, una buena esposa o una buena amante, pero prefiero el primer término. El casamiento termina con la mayoría de los problemas de la mujer, aunque en otros aspectos los incrementa. Puedo asimismo...

—¡Por favor, Jill...!

Me miró con asombro.

—¡Pero, querido, si estoy haciéndome una autobiografía en su presencia! Y eso no lo hice antes, y mucho menos delante de un hombre.

Estábamos entrando en la población cuando vi la cabina telefónica, detuve el coche junto al bordillo y me encontré con la risa en sus ojos y en sus labios cuando preguntó:

—¿Va a darme un beso, aquí, en medio de la calle? Pero, Jim, si eso hubiera sido mucho mejor hacerlo por el camino hasta...

Abrí la portezuela, descendí del automóvil y me alejé hacia la cabina telefónica, oyendo a mi espalda la risa burlona de Jill Memphis.

Cerré a mi espalda y tomé el auricular.

—Con la policía —dije.

—Un momento, no se retire.

Fueron apenas unos segundos, al cabo de los cuales oí la voz del teniente Murphy.

—Policía, ¿dígame...?

—Soy Goodwan, teniente —respondí.

—¡Cuernos! ¿Qué es lo que quiere ahora?

—Presley murió de un disparo en la cabeza; en la sien, ¿verdad?

Claramente noté cómo contenía el aliento. Al fin lo soltó y con aquello llegaron sus palabras:

—Así es. ¿Y qué más, hombre inteligente?

—¿Fue crimen o suicidio?

—Crimen, a pesar de que llevaba la pistola que emplearon en la mano, el rostro quemado por la pólvora, y a pesar de la nota que escribió, tal vez forzado por alguien. Una pistola que no tenía más huella digital que las suyas. ¿Por qué?

—Y la policía averiguó todo esto por la prueba de parafina, ¿es así?

—Sí, claro. ¿Por...?

—Y no tenía huellas de pólvora en las manos, ¿verdad?

—Exacto, Goodwan. Y ahora, ¿quiere decirme para qué tanta...?

—Gracias, teniente, eso es lo que deseaba saber.

Corté la comunicación y regresé al coche, donde Jill me esperaba con la portezuela abierta. Entré, arrancamos, y pregunté:

—¿Quiere contarme algo sobre Verónica Dale?

—¿No se lo dije ya, Jim?

—No estoy seguro —dije—, por lo que le ruego me diga algo más.

—¿Como por ejemplo...?

—Si conocía a Ricks.

—Todo el mundo conoce a Ricks en Handerson, pesquisa.

—¿Amigos...?

—Ella es de otra clase. Pertenece a otra esfera social, si me entiende usted, Jim.

—¿Qué relaciones unen a Verónica con la familia Presley?

—Eso... creo que lo hablamos antes. ¿O no fue así?

—Responda, Jill, ¿quiere?

—Amiga del marido, y amiga de mistress Presley.

—¿Respecto a Callender...?

—Son conocidos.

—¿Nada más?

—Se les ha visto varias veces juntos, pero eso no quiere decir nada.

Alcanzamos el hotel Cuadrado sobre el mediodía, estacioné el coche y me volví a mirarla.

—¿Quiere comer conmigo, Jill?

—¿En el comedor o en sus habitaciones?

—Escoja usted, querida —respondí.

—En el comedor; a la vista de todo el mundo.

—¿Miedo?

—¿De quién o de qué?

—La gente habla...

—Y la mayoría de las veces no sabe de qué y mucho menos, lo que dice —completó ella con una sonrisa.

Luego se prendió de mi brazo y entramos en el comedor.

* * *

Miré la tablilla indicadora.

Piso octavo, apartamento 72, letra F. modalidad que rae recordaba Las Vegas, y multitud de ciudades más.

Elevé el brazo y pulsé el blanco botón del zumbador.

Siguió un silencio que se me antojó largo, al cabo del cual oí pasos de mujer al otro lado de la puerta.

Esperé, o mejor dicho, continué esperando, hasta que finalmente la hoja de madera cedió hacia dentro, enmarcándola en el umbral.

Bajo la combinación celeste, de nylon, Verónica Dale estaba deliciosa, y el recuerdo del motel, de la carretera, me golpeó la mente, pero no dije nada; simplemente crucé el umbral a una muda indicación suya, y fui al *living*.

Me dejé caer en uno de los sillones.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó.

Arqueé una ceja en señal de asombro.

—¿Ya me recuerdas? —inquirí.

—Nunca te olvidé, Jim, pero en el bar... Comprende, no estaba bien visto esa confianza. —Máxime si se tiene en cuenta de que eres la primera potencia en dólares de Henderson, ¿verdad?

Sonrió y preguntó:

—¿Quieres algo de beber?

—Whisky, si tienes.

Se alejó sin responder, desapareciendo de mí vista por una de las dos puertas situadas frente a mí, al otro extremo del *living*, para regresar minutos más tarde llevando en las manos un par de altos vasos más que mediados de licor, con un par de cubitos de hielo cada uno.

Se sentó frente a mí, la combinación se abrió por el centro y durante unos instantes admiré sus piernas y acto seguido la miré a los ojos.

—¿Quién te mandó a Las Vegas? —pregunté.

—¡Jim!

—¿Quién, pequeña? Sé que tuvo que ser alguien con objeto de que me entretuvieras en el camino. Quizá... Quizá con el fin de que yo llegara después de la muerte de Presley.

—¡Jim! —repitió—. Eso... Eso es tanto como decir que fue un crimen cuando el pobre se suicidó.

—¿Qué negocios teníais en común, Verónica? —pregunté, cambiando, dando un nuevo giro a la conversación.

—¿Negocios...? ¿Con Presley...? Creo... Creo que te mintió quien afirmó tal cosa. Nunca hicimos juntos negocio alguno. Él los tenía, qué duda cabe, lo mismo que yo.

Bebí un poco, y tras una ligera vacilación afirmé:

—Verás, muchacha, yo veo las cosas de este modo; Presley obtiene un crédito del Departamento del Tesoro para arreglar esa calle... que inundaba apenas si llovía gran parte de la ciudad, cortaba la carretera y ocasionaba innumerables destrozos. Como digo, una vez con el dinero, con esos dólares en su poder, Presley empieza las obras, que no gustan a la población; que no les gusta... por algo que están viendo. Y que su disgusto se acrecienta cuando empieza a escribir al vecindario, notificándoles lo que les corresponde abonar a cada uno, como impuestos, por la calzada, el pavimento, las aceras y el alcantarillado.

—¿Y qué es eso que no les gusta, Jim?

—Algo que más tarde o más temprano averiguarás por ti misma, si es que ya no lo sabes, Verónica. Y algo, también, que disgusta profundamente a una persona de tal modo, que marcha a Las Vegas en busca de un fisgón, de una rata o de un hijo de perra, si lo prefieres así, para que meta las narices en esto. Pero antes, cuenta lo que va a hacer, lo que obliga a una parte interesada a intervenir... Y entonces te mandan a ti. Eres hermosa,

Verónica, capaz de hacer perder la cabeza a cualquier hombre, y yo la perdí...

—¡Nadie me envió! Fui yo... y... y voy a pagarte esos tres mil dólares. Si... Si me hubieras dejado hablar, te lo hubiera dicho. Era...

—¿Quién fue, Verónica?

—¡Te he dicho que...!

La interrumpí con un ademán.

—Escucha, pequeña; a pesar de lo dicho, de lo publicado en los periódicos, míster Presley no se suicidó, ¿comprendes? Fue asesinato. La policía hizo la llamada prueba de la parafina, y no encontró rastro de pólvora en su mano derecha, mano que empuñaba el arma con la que se dice se quitó la vida. Eso es asesinato, querida. ¿Quién te mandó seguir a Ricks?

—¿Ricks...? ¿No me digas que fue ése quien te contrató en Las Vegas antes que te viera yo?

—¿Y por qué no tenía que ser así?

—Porque... Bueno, sé, porque Murphy, el teniente Murphy me lo ha dicho, que le están buscando.

—Para interrogarle, Verónica; sólo para interrogarle.

—Sí, lo sé, pero respecto a la muerte de míster Presley, y no en relación con sus negocios, o con los papeles que él, en unión de Jill Memphis, movían a diario, lo que me parece chocante. ¿No es cierto, cielo?

Tardé varios segundos en contestar.

—Fuera lo que fuese, Verónica —dije al fin—, él me trajo a Handerson, y ahora estoy buscando a un asesino. Contesta, muchacha, ¿quién te envió a...?

—Nadie, y te lo repito por última vez. Fui porque sabía que Presley estaba en dificultades. Soy su amiga... Es decir —rectificó—, era su amiga.

—¿Muy amiga?

—Además de otras cosas, querido —repuso con fría calma—, eres un cerdo, pero ahora no importa. Soy o era su amiga, como te iba diciendo, como también lo fui y aún lo sigo siendo de su esposa; de Jenny, y por eso, sin decir nada, me trasladé a Las Vegas. La casualidad y sólo la casualidad hizo que fueras tú, el detective que... que...

Me puse en pie y se interrumpió, para mirarme con los ojos muy abiertos.

—¿Ya te marchas, Jim?

—Sí, así es.

—Puedes... Puedes quedarte hasta la noche o hasta mañana. Eso no hace falta que te lo diga.

Me volví hacia la puerta, vino detrás, por el pasillo, hasta la de acceso al apartamento y al ir a abrirla me preguntó:

—¿Nos volveremos a ver?

—De eso puedes estar segura, muchacha —repliqué—. Ahora, aún no me has dicho por qué cuando nos conocimos tomaste de nombre Jill Memphis.

—Bueno, fue por lo del motel, ya que sospechaba desde que te vi que

las cosas iban a ocurrir de aquel modo, y no deseaba que mi nombre constara allí para nada, ¿comprendes?

No respondí, abrí la puerta de un tirón, crucé el umbral y caminé hacia la escalera, por la que descendí hasta la planta baja. Luego salí a la calle.

Las primeras sombras se estaban adueñando del paisaje cuando empecé a andar, casi sin darme cuenta, hacia la calle en obras.

Capítulo VIII

UNA vez más empecé a pisar el asfalto a medio colocar, y también una vez más mis ojos se clavaron en las silenciosas máquinas, en el polvo espeso y gris que lo cubría todo, y en los hoyos, y desniveles, en los lugares donde brillaban las nuevas rejillas del alcantarillado que ya se estaban picando en algunos lugares. Y de nuevo, siempre de nuevo, experimenté la vaga sensación de que aquello no me gustaba y de que tenía que hablar con el teniente Murphy al objeto de que me facilitara detalles sobre los presupuestos, si es que los había visto, cosa que dudaba... O esperar, mano sobre mano, a que alguien, quizá el propio Murphy, se decidiera llamar a los del FBI; a los federales del Departamento del Tesoro. Un fraude al fisco, si es que lo había, no dejaría a Washington mano sobre mano. Un avión podía llegar a Las Vegas en pocas horas y las cosas se complicarían aún más, si es que se complicaban.

Me detuve, mirando a ambos lados de la ancha y sombría calle, ya que en algunos trechos faltaba el alumbrado y en otros era deficiente, y empecé a retroceder, buscando ahora el camino más corto hacia el hotel.

Di un par de pasos, varios más, y justo al ir a subir la acera, algo pasó silbando junto a mi oído y vino a estrellarse contra el estuco de la pared de la casa que tenía frente a mí, y a continuación con un chirrido se perdió en las alturas.

No esperé a más, y por segunda vez desde que llegara a Handerson me lancé de cabeza al suelo tratando de sacar la "Magnum" de la funda de la axila, poca cosa, nada, contra uno de esos modernos rifles con mira telescópica y visor nocturno.

Una nueva bala levantó chispas a mis pies, noté el impacto contra la pared opuesta cuando rebotó en una de las piedras y se desvió hacia allí, y rodé dando varias vueltas sobre mí mismo hasta que alcancé la acera.

Salté entonces hacia uno de los oscuros portales y esperé, con el arma en la mano, tratando de averiguar desde dónde me habían tiroteado, seguro ya de que andaba tras la verdadera pista de todo aquello; seguro, también, de que la mayoría de mis ideas eran ciertas.

Ahora quedaba la incógnita, el factor desconocido; la personalidad del asesino. Y se imponía una pregunta:

¿Lo conocía ya? ¿Sabía quién era?

Escuché.

Silencio, frente a mí, pegada a los bordillos apañados terminados, las silenciosas, las muertas máquinas, monstruos verdaderos de hierro y acero, a su vez me contemplaban.

Asomé un poco la cabeza y traté de mirar a ambos lados de la larga calle. No se veía nada, tampoco llegaba hasta mí el menor rumor.

Siempre con la "Magnum" en la mano, me aventuré y salí. Esperaba un nuevo disparo, pero no se produjo, por lo que pegado a la pared, avancé hasta la próxima esquina que doblé.

Diez minutos más tarde, sin que una nueva agresión hubiera surgido, entré en el hotel, yendo directamente hacia el comedor donde esperé a que me sirvieran la cena.

Tampoco me interrumpieron; cené, pues, tranquilamente, dejé dicho que me llamaran a las ocho del día siguiente, y subí a mi habitación.

Maldije entre dientes apenas si abrí la puerta, porque frente a mí, bostezando, Jill se levantaba de la silla que ocupaba, mientras decía:

—Creí... Creí que no volvería nunca, pesquisa.

—¿Qué cuernos haces aquí? —pregunté, tuteándola casi sin darme cuenta.

—Suponte que vi a Ricks, y que desea verte.

—¿Ahora?

—No, tonto —y correspondió al tuteo—. Mañana al mediodía.

—¿Dónde?

Se mordió los labios, volvió a dejarse caer en la silla, cabalgó una pierna sobre la otra y respondió:

—Te sorprenderías si te dijera dónde, querido.

No me sorprendí, simplemente pregunté:

—En tu apartamento, Jill. Es allí donde se encuentra ahora, ¿verdad?

Abrió mucho los ojos, llenos de regocijo, de burla, en un bien fingido gesto de asombro que no cuajó, que no cuajaba debido al regocijo, a la hilaridad que brillaba en ellos.

—¡Acertaste a la primera, Jim! Y por eso vine aquí. Comprende, no podía quedarme allí con él.

—¿Y...?

—Sé que voy a odiarme luego por esto, pero... pero... voy a quedarme. Mi presupuesto, como secretaria sin empleo, no da para ir a un hotel. Ni siquiera en éste, si tuviera que pagarlo yo.

No respondí, quizá porque de hacerlo, mis palabras hubieran herido sus delicados oídos.

Alguien estaba aporreando la puerta, con golpes furiosos. Abrí los ojos. Jill tenía los suyos también abiertos, y había sorpresa, mal humor, fastidio en ellos, y algo de miedo también.

Salté de la cama al suelo y sin pronunciar palabra empecé a vestirme apresuradamente, sin saber por qué:

—Goodwan... ¿Está ahí, Goodwan?

Era la voz del teniente Murphy. Por lo que respondí, acercándome a la puerta.

—Vamos, teniente, ¿qué diablos ocurre ahora? Estoy descansando.

—Salga, Goodwan, quiero mostrarle algo.

Hubo una maldición al otro lado de la hoja de madera y a continuación su voz, de nuevo su voz, gritando ahora, escandalizando todo el hotel.

—Salga ahora mismo, Goodwan. Es importante, ¿comprende?

—No puedo, teniente, y le estoy...

—Escuche, fisgón, sabemos que hay una dama con usted, pero la dama no nos importa. Vamos, vístase y salga. Ha ocurrido algo que quiero que vea... O va a obligarme a echar la puerta abajo... o a emplear la llave maestra.

Maldije a mi vez.

—Correcto, teniente, ahora mismo salgo.

—Le espero en el *hall* —replicó—. Y no tarde, por favor.

—No tardaré.

Oí sus pisadas alejándose por el pasillo, y me volví a mirarla. Jill me observaba también, con una pregunta en los labios, que formuló a continuación:

—¿Qué crees que ocurre ahora, querido?

—Espero podértelo contar cuando vuelva, muchacha. —Estoy... Estoy asustada.

—Quizá no lo estuvieras tanto, si te avinieras a contar la verdad.

—Pero... ¡Jim!

—La verdad, Jill, o tendrás un disgusto con la policía más tarde o más temprano. La verdad de los negocios del difunto alcalde cuando vivía, y la verdad, también, si es que la sabes, y me refiero a esto último, sobre el pavimento de esa calle.

—¿Es... que no es correcto, que no está bien hecho?

—Lo está, querida —dije mientras me colocaba la americana sobre la camisa y la funda sobaquera—. Lo está, pero hay algo que no gusta a nadie en Handerson, y a mí tampoco.

—¿Qué es, querido?

—Si tú no lo sabes —respondí abriendo ya la puerta para salir—, no esperes que yo te lo diga. Por lo menos, no de momento.

La planta baja.

Estaban juntos como en todo momento, como siempre les había visto; el uno de uniforme y el otro de paisano.

—¿Quiere venir con nosotros, Goodwan?

—¿Y para preguntármelo me sacan de la cama a esta hora de la madrugada, teniente?

—Es... Es sólo una invitación, y creo que le conviene aceptarla, pesquisa.

Me encogí de hombros, dando de esta forma mi asentimiento, y salimos.

No había ningún coche policíaco frente a la puerta del hotel, por lo que deduje que el paseo sería corto, y no me equivoqué.

Anduvimos cerca de veinte minutos, por un dédalo de callejas mal pavimentadas, sucias y polvorientas, con polvo del desierto cercano, hasta que de pronto me vi frente a la casa, de una sola planta» pero de magnífico aspecto.

A ambos lados de la puerta vi una pareja de uniformados policías que saludaron al teniente Murphy, diciéndole que no había novedad alguna, que luego me lanzaron una mirada curiosa, y entramos.

Todo estaba completamente iluminado.

En el interior, el lujo era sobrio y elegante, denotando el buen gusto de la persona o personas que vivían allí.

Tres minutos más tarde supe que era una sola persona la que vivió en la casa, y digo vivió, porque en aquel momento estaba muerta.

Caída sobre la alfombra de su dormitorio, con un negro agujero en la sien izquierda, disparado, a juzgar por el negro que había en aquel lado de la cara y por los chamuscados cabellos, también de aquel lado, a muy poca distancia.

—¿Cuándo la vio por última vez, Goodwan?

Pensé rápidamente, dudando entre mentirle o no, pero al mismo tiempo sospechando que tal vez alguien nos hubiera visto hablando, a mí salir del lugar donde se celebró nuestra entrevista.

—No hace muchas horas, teniente —dije. Y fue cuando noté que tenía un nudo en la garganta—, pero no fue aquí, sino en...

—Correcto —me interrumpió—. Miss Verónica Dale tiene un par de casas en Handerson. Esta es la que prefería cuando se encontraba nerviosa o simplemente deprimida. Entonces venía aquí y se encerraba, algunas veces durante varios días.

—¿Con algún hombre?

Murphy frunció el ceño.

—Hay un par de ellos, pero no creo que... que la matara ninguno de los dos.

—¿Por qué no?

—Contestaré a esa pregunta, Goodwan, si antes me dice por qué fue a verla y de qué hablaron.

—Pasamos la noche juntos en el motel que le dije, teniente, y luego aquí, en La Estrella, negó conocerme.

—¿Qué...? ¡Cuernos, pesquisa! ¿Cómo explica eso? En el registro del motel está inscrito el nombre de miss Jill Memphys. Supongo que puede...

—Es exactamente lo que estoy tratando de decirle —le interrumpí—. Fui a verle y le pedí una explicación. La acusé de haber seguido a Las Vegas a la persona que me contrató para luego, con una carencia absoluta de escrúpulos, entretenerme con objeto de que yo llegara aquí cuando Presley hubiera muerto. Negó todo esto y...

Me interrumpí, y Murphy apremió:

—Continúe, Goodwan.

Lo hice, lentamente, sin omitir ni una sola coma, y casi sin poder apartar los ojos del cadáver de Verónica; un cadáver que aún llevaba puesto la combinación con que me recibiera en su otro domicilio.

Al terminar, los ojos de Murphy se mostraban pensativos.

—Y ahora, pesquisa, ¿quiere decirme qué tenemos? Yo... Bueno, no tengo nada, ligeras sospechas que en vez de aclarar el caso aún lo embrollan más —me miró largamente y luego preguntó—: ¿Quién mató a míster Presley y por qué, Goodwan? ¿Usted lo sabe?

Negué con la cabeza, y continué de viva voz:

—Es lo mismo que me ocurre a mí, teniente; sospechas y sólo sospechas que a nada conducen —hice una pausa e inquirí—: ¿Sabe algo del presupuesto concedido a la Alcaldía por el Departamento del Tesoro para el arreglo de esa calle? Tiene que haberlo forzosamente.

—¡Cuernos, no! No hay denuncia al respecto, y por tanto no puedo intervenir en modo alguno. Sería salirme de los límites que la ley me confiere, Goodwan, y usted lo sabe.

—Sí, así es. Pero como teniente de la policía local, sí puede dirigirse a Washington y solicitar una fotocopia del mismo. Se la mandarán por teletipo, con lo que antes de la noche podremos saber algo más del caso.

—E intervendrán los del FBI.

—Y eso no le gusta, ¿verdad?

—No, no me gusta, ni creo que a usted tampoco —vaciló, y comentó sin que viniera a cuento—: ¡Si por lo menos me dijera quién fue la persona que le contrató en Las Vegas...!

—¿Para qué quiere saberlo, teniente? —indagué.

—Quizá... Quizá me diera una pista. Yo me crié aquí, Goodwan, y... conozco todo lo malo y lo bueno de Handerson; toda su basura, su podredumbre, su maldad, si lo quiere especificar así, y su lealtad por contraste.

Tardé varios segundos en contestar, y cuando lo hice dije la verdad de lo que pensaba en aquel momento.

—Voy a hablar con esa persona, teniente. Comprenda que el secreto no es mío. Si me autoriza, se lo diré. Si no es así, lléveme al precinto y... Bueno, puede interrogarme allí. Con lo que tal vez me vea obligado a "cantar", ¿no es así?

No sonrió, no me respondió, se volvió a su acólito y dijo:

—Nos vamos ahora. Dentro de un poco te mandaré una ambulancia para que se la lleven.

Salimos de allí, y en mis retinas quedó la figura de Verónica Dale tal y cómo la viera no hacía muchas horas, borrando de aquel modo la angustia que había en mi corazón y el odio contra su asesino que se había levantado en oleadas en el interior de mi propio yo, a medida que hablaba con el teniente Murphy.

La calle.

—¿Quiere que le acompañe un trecho, Goodwan?

Pensé en el rifle, en mi nocturno agresor, e hice una mueca.

—Cuando quiera, teniente.

Empezamos a andar en silencio, como si no tuviéramos nada que decirnos por el momento, lo que por otra parte era una realidad.

Vi el bar, que empezaba a abrir sus puertas, y me detuve. Al instante me enfrentó con los ojos fríos y oscuros del teniente de policía.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó.

Traté de forzar una sonrisa, pero no lo conseguí.

—Si quiere, le invito a una hamburguesa, teniente —dije—, mi estómago está protestando airadamente al ver el olvido en que lo tengo sometido.

Asintió en silencio y entramos.

Las devoramos a continuación, sin decirnos nada, sumidos en nuestros propios pensamientos, y al terminar, rompí el silencio.

—Me pondré en contacto con usted tan pronto como sepa algo, teniente —dije.

Soltó un gruñido, aboné la consumición y poco más tarde nos separamos.

Capítulo IX

LLEVABA una idea en mente cuando entré en la Alcaldía y pregunté por Joss Donovan, alcalde suplente, debido a la muerte de míster Presley, pero en contraste mis pensamientos me llevaban a Ricks, y al apartamento de Jill.

¿Qué relaciones les unían?

¿Las de simple amistad, como afirmaban todos en Handerson, como afirmaba la propia Jill, o había algo más, algo que ninguno decía? Y sobre todo, ¿por qué no me explicaba el primero, la verdad de los motivos que había tenido para contratarme en Las Vegas?

El que le gustara el alcalde o dejara de gustarle, el que hubiera desfalco o no, sin un motivo más o menos oscuro, sin odio, *no...*

Aquí interrumpí mis pensamientos recordando lo que Verónica me dijera. Había un motivo para que Ricks fuera a buscarme a mi despacho, a mí, o a otro privado cualquiera, un motivo que sólo Ricks sabía. "Eso... debe preguntárselo a él."

Me lo había dicho, y es lo que iba a hacer.

La muchacha que me cerró el paso llevaba *shorts*, bastante cortos por cierto, era casi una chiquilla, ya que su edad oscilaría entra los dieciséis a dieciocho años.

—¿Qué desea, por favor? —preguntó.

Me acerqué al mostrador tras el cual se encontraba, al lado de una centralita telefónica interior, y respondí:

—Ver a míster Joss Donovan.

—¿Tiene cita?

Sonreí.

—Lo siento, pero no es así. No obstante, dígame que Jim Goodwan, de Las Vegas, vino a Handerson para hablar con él de un asunto importante.

—No sé si debo... Me ha dicho que no se le moleste esta mañana. Está muy ocupado, ¿comprende?

—Haga lo que le digo, ¿quiere? Si no me recibe —me encogí de hombros y añadí—: Tal vez los del Departamento del Tesoro en Washington sí quieran escucharme.

Me estaba mirando con sus grandes ojos asombrados en el momento en que inquirió:

—¿Debo decirle eso, míster Goodwan?

—No, si no es necesario. Eso lo dejo a su criterio, pequeña.

Me dedicó una sonrisa y se fue, dándome la espalda. La seguí con la vista y la vi desaparecer por una de las puertas que había al otro lado de la sala, detrás del mostrador, y esperé, mientras encendía un cigarrillo.

Fue más de un largo minuto, casi dos, cuando repentinamente la vi salir.

De primer intento no pronunció una sola palabra, levantó una especie de tapa del mostrador, que dejó un hueco, y entonces sí lo hizo.

—Pase conmigo, míster Goodwan. Míster Donovan le recibirá.

Di las gracias y fui detrás.

Donovan era bajito, semicalvo, de unos cincuenta a cincuenta y dos años de edad, algo grueso y de ojillos brillantes como los de una ardilla. De frente amplia, y en general, de porte distinguido.

No se levantó al verme, pero con un ademán me indicó uno de los sillones para, que me sentara.

Lo hice, y ambos nos miramos en silencio durante unos segundos, silencio que Donovan rompió:

—Miss Gable me ha dicho que viene de Las Vegas para hablar conmigo, ¿no?

—Sí, así es —respondí.

—¿Federal...?

—No.

Hizo una mueca.

—Bueno, creí que era del Departamento del Tesoro.

Sonreí, forzando al máximo mi sonrisa.

—Soy un simple particular que cobra por hacer preguntas, míster Donovan —repliqué.

—¿Qué clase de preguntas?

También había hielo en su voz.

—Me interesan los presupuestos del Estado —dije—. Concretamente los que tratan de alcantarillado y pavimentación.

Se puso en pie de un salto y extendió el brazo hacia la puerta.

—¡Salga! —ladró—. ¡Salga inmediatamente de aquí!

No me moví del sillón.

—Si lo hago, míster Donovan —dije calmamente—, será para pedir larga distancia; con Washington, por supuesto. Y lo que ocurra más tarde, no va a gustarle, ni mucho menos a la Alcaldía. No, creo que no.

Ahora, pensé, todo dependía de si la suciedad, si la podredumbre a la que aludiera Murphy, teniente de policía, alcanzaba a todos los miembros de allí.

—Eso es un chantaje.

—¡Lo es, desde luego! —afirmé fríamente—. Pero no del modo que cree usted.

—¡Ah! ¿No?

—No —retruqué—. Quiero, por cerrar la boca, que me enseñe esos presupuestos. Y otro más; el que trata de los impuestos que deben pagar los que habitan a lo largo de esa calle en obras.

—¿Pero quién cuernos es usted para...?

—Ya se lo he dicho, míster Donovan; un tipo de Las Vegas que está aquí ahora, para hacer preguntas. ¿Me muestra eso que quiero ver?

—No voy a hacer nada de eso, sino llamar al teniente Murphy.

—Y puede que cuando yo le explique algunas cosas, él también sienta necesidad de pedir ayuda a los del Departamento del Tesoro —me puse en pie y añadí—: Buenos días, míster Donovan.

Di media vuelta, fui a la puerta, pero no me dejó que llegara allí.

—¡Espere un momento! —dijo.

Me volví a mirarle.

Tenía la mano sobre uno de los botones que había sobre el tablero de la mesa tras la cual se sentaba, y adiviné que estaba llamando a alguien; posiblemente a un ordenanza.

—Siéntese y espere —dijo con voz bronca—, le enseñaré lo que desea... Y de paso me explicará por qué mete las narices en todo esto.

No respondí, y me dejé caer en el sillón cuando ya la puerta se estaba abriendo, dando paso a una mujer.

Ni siquiera me fijé en ella, quizá porque ya era de alguna edad, o tal vez porque en aquel momento míster Donovan empezaba a decir:

—Traiga todo lo relacionado con el expediente número cuatro.

—Enseguida, míster Donovan.

Se fue por donde había venido y ambos permanecemos en silencio hasta que regresó con unos papeles, dentro de una carpeta; hasta que de nuevo desapareció.

No me moví.

Frente a mí, Donovan abrió la carpeta y por espacio de más de un largo minuto los estuvo revisando y a medida que lo hacía vi cómo su ceño se fruncía.

Por fin me miró.

—Puede examinarlos cuando quiera, Goodwan —dijo—. ¿No es así cómo dijo que se llamaba?

Sin responder me puse en pie y me acerqué a la mesa, tomé la carpeta y sin que dijera nada más regresó al sillón.

Leí despacio, muy despacio... Y todo era como había sospechado, pero el desfaldo no era contra el fisco ni mucho menos, sino contra el propio vecindario.

Unos impuestos, y una ganancia rentable de unos doscientos mil dólares.

Motivo más que suficiente, pensé, para asesinar a un hombre, si es que ese montón de dólares iba a parar a los bolsillos de Presley... y había otro u otros varios que habían armado aquel tinglado.

Puse los papeles en orden, cerré la carpeta y poniéndome en pie se los devolví a Donovan.

—¿Satisfecho? —preguntó.

—Sólo en parte —dije.

—Sí, es lo que supongo —me miró pensativamente y añadió al cabo de unos segundos de silencio que no interrumpí—: Un buen motivo para quitar a alguien de en medio.

—Sí, así es —repliqué—. Dígame, ¿quién cree que lo hizo?

Se encogió de hombros.

—Lo siento, pero no lo sé. Tampoco sospecho de nadie.

—De este presupuesto, ¿quién estaba enterado?

—Supongo que todos en la Alcaldía... Aunque no del modo, ni mucho menos, cómo se estaba llevando.

—Dígame...

—Espere, Goodwan —me interrumpió—. Voy a aclararle algo; de éste, del modo cómo se están llevando las cosas, acabo de enterarme prácticamente ahora, ¿entiende? Por eso he convocado una reunión urgente para mañana a las diez. Hay que rectificar ese presupuesto, o terminar de arreglar esa calle, pero no como ahora, sino como es de ley.

Sabía a lo que se refería aunque no estuviera muy convencido de la sinceridad de sus palabras.

—¿Y luego...?

—Eso ya no es cosa mía. La votación puede ser en favor o en contra, pero sea cual fuere, sí hay algo de cierto, se rebajarán los impuestos con arreglo a la ley, o se arreglará la calle. De eso puede estar seguro.

Quise hacer más preguntas, infinidad de ellas, pero sin saber por qué supe que se encerraría en una negativa en lo tocante a hablar de este o aquél, de ésta o aquélla. Y di las gracias.

Iba hacia la puerta cuando me llamó:

—Espere.

Me volví a mirarle, pero no dije nada, por lo que añadió:

—Le mostré esto porque quise, ¿comprende? Como ha podido ver, no es cuestión del fisco. El fraude existe, pero es completamente distinto. Ahora... Ahora le desee suerte en su caza. Ojalá le mate usted.

—¿Cómo sabe que yo...?

Sonrió.

—Esa pregunta, Goodwan, sólo se le ocurre a un tonto detective

privado, ¿verdad? —preguntó sin transición alguna.

Di media vuelta y alcancé la puerta sin contestar.

Un par de minutos más tarde la Alcaldía quedaba a mi espalda.

Consulté el reloj y recordé a Jill, y con ella a Peter Ricks.

Consulté pues la lista que la propia Jill me diera en la habitación del hotel la primera vez que nos vimos y eché a andar hacia allí.

La tablilla me indicó que ella se hospedaba, o mejor dicho, que vivía en el apartamento 68, piso noveno, letra L. y empecé a subir, escalón tras escalón.

Llamé con los nudillos.

No oí ni un solo rumor, pero adiviné que desde el otro lado, alguien me observaba a través de la mirilla de la puerta.

Luego se abrió sólo lo suficiente para que pudiera pasar, y Ricks la cerró a mi espalda.

—¿Averiguó algo?

Me dejé caer en una silla.

—Algo —dije.

—¿Y...?

—Efectivamente existe un desfalco, que aún no se ha consumado y puede que jamás llegue a consumarse.

Se sentó frente a mí, diciendo:

—Explíqueme eso, ¿quiere?

—Doscientos cincuenta mil dólares, por un aumento de impuestos en el vecindario, completamente ilegal. Impuesto que no va a cobrarse ni mucho menos.

—Respecto a lo demás...

—Estoy como al principio, si no me habla claro de una vez, Ricks.

—¿Y qué es lo que debo decirle, Goodwan? ¿Que odiaba al alcalde, que yo también vivo en esa calle y que fui a buscarle para que tratara de averiguar qué había de cierto en esos impuestos? Pues ésa es la verdad, pesquisa. Quería que lo evitara, y entre otras cosas, fue eso lo que le dije. Ahora Presley ha muerto y para mí bien muerto está. No voy a ser yo quien llore su muerte, y tampoco su viuda. De eso puede estar seguro. Y esto... Esto cierra el caso para usted, Goodwan.

—¿Qué quiere decir?

—Presley murió, ¿no? Usted, ahora me dice que el déficit de los impuestos está resuelto a nuestro favor o en vías de resolverse, ¿verdad?

—Correcto, Ricks, eso fue lo que dije.

—Siendo así, su presencia en Las Vegas, para mí, ya no es necesaria. Guárdese el cambio de los dólares que le di, y tome un coche o un taxi y que le lleven allí. No le pago ni le pagué para que tratara de descubrir a un asesino, pues Presley vivía cuando fui a verle a usted. El asesinato en

sí, es cuestión del teniente Murphy.

—Que le está buscando a usted —completé fríamente.

—La policía no tiene nada contra mí.

—En ese caso...

Me interrumpió.

—Antes de la noche habré sostenido una conversación con ese teniente, Goodwan, y tenga por seguro que... que... responderé a todo lo que quiera preguntarme, y por los cuernos del diablo que va a quedar asombrado de lo que oirá.

—¿Por qué no empieza por contármelo a mí, Ricks?

—Por lo que ya le dije; le contraté para que hiciera algo, si pedía, contra una estafa o contra un intento de estafa, contra la primera autoridad de Handerson. Muerto éste, el caso queda cerrado para mí, y naturalmente también para usted.

No respondí, abandoné la silla poniéndome en pie y giré hacia la puerta.

—Gracias por todo, Ricks —dije, y la abrí de un tirón, luego, antes de cruzar el umbral, me volví a mirarle—. Una pregunta más —añadí—: ¿Qué hay entre miss Memphis y usted, Ricks?

—Nada, como no sea una buena amistad. Anoche vine aquí, porque por el momento no deseaba enfrentarme con la policía; teniendo como tiene vigilada mi casa no podía ir allí, y Jill se quedó fuera. Me cedió su apartamento. Y es de agradecer, pesquisa.

Abandoné la casa en silencio.

Capítulo X

LENTAMENTE regresé al hotel, yendo directamente a mi dormitorio; y respiré satisfecho cuando noté que Jill se había largado de allí.

Me quité la americana, aflojé el nudo de la corbata, fui al teléfono, pedí un vaso y una botella de whisky y esperé.

Cuando de nuevo quedé solo, me preparé uno, bebí un par de sorbos y de nuevo me acerqué al teléfono.

Pedí larga distancia, y medio minuto después me encontraba hablando con Phil Murdock.

—¿Le tienes ya?

—Sin prontuario policíaco. Ninguno de ellos, y como cosa lógica, el alcalde Presley tampoco... Pero sí hay algo.

—¿Y es...?

Se echó a reír antes de preguntar:

—¿Te gustan los cementerios, Jim?

—¡Qué cuernos...!

—Pues voy a sentirlo, porque vas a tener que visitar uno... armándote de paciencia.

—¿Pero qué...?

—Escucha y no me interrumpas. Ve cuando puedas al cementerio de Handerson y mira entre los nichos. No en las tumbas del suelo, ¿entiendes? Sólo los nichos.

Puede que no sea nada, que nada tenga que ver con este asunto, pero sería conveniente que echaras un vistazo por allí.

Cortó la comunicación y maldije varias veces, yendo ya hacia donde había dejado el whisky.

Miré el reloj...

Las cuatro de la tarde.

Me decidí al fin, por lo que abandoné la habitación y descendí hasta la planta baja. Al ir a acercarme al *comptoir*, con ánimo de preguntar dónde quedaba el cementerio, aun a trueque de que el encargado me tomara por loco, me lo impidieron:

—SI teniente quiere verle, Goodwan.

Me volví a mirarle.

El policía, el inseparable de Murphy, me estaba misando fijamente,

como preguntándome qué haría yo en aquel caso en que la ley de Handerson requería mi presencia; en si sería o no capaz de escapar o por lo meaos si lo intentaría.

No lo hice por supuesto.

Sencillamente inquirí:

—¿Ahora...?

—Sí. ¿Nos vamos?

Acepté, tal vez porque no tenía otra opción, aunque mi curiosidad por el cementerio de la ciudad iba en aumento a medida que transcurrían los segundos.

Salimos, delante yo, llevándole lógicamente a mi espalda, y a una indicación suya, ya en la calle, empecé a andar.

Ocho minutos más tarde me encontraba en presencia del teniente Murphy en el interior de su sucio y destartalado despacho, de paredes grises, tristes, casi lúgubres, y *en* las cuales faltaba una buena mano de pintura.

Se hallaba sentado detrás de una mesa, abarrotada de papelotes, y no sonrió al verme. Exactamente lo mismo que ya hiciera Donovan, también extendió una mano en dirección a una desvencijada silla e indicó:

—Siéntese, Goodwan. Tenemos que hablar.

Lo hice, sin dejar de mirarle, preguntándome qué diablos era lo que iba a pasar a continuación.

—Usted me cae bien —soltó de buenas a primeras—, y por eso voy a sentir lo que le tengo que decir.

—¿Y es...?

—Tendrá que abandonar Handerson lo más rápidamente posible, ¿comprende?

—No.

—Es lo que esperaba que dijera.

—¿Y qué más?

—Tengo una denuncia contra usted.

—¿Importante?

—Sí. Lo suficiente para ponerle a disposición del juez.

No respondí, esperaba una vez más; en tanto que ahora en mi mente una idea batallaba intentando abrirse paso.

—Vamos, teniente, suéltelo ya de una vez —apremié al cabo de un largo silencio que no rompió—. ¿A quién he...?

—A ese abogado —dijo—; a míster Callender. Mistress Presley corrobora que usted se presentó en su casa de la carretera del desierto y... y... Bueno, les acusó poco menos que del asesinato del alcalde y luego golpeó a Callender.

Me puse en pie.

—De acuerdo, teniente —dije—, deme de tiempo todo el día de hoy, y mañana a primera hora abandonaré Handerson.

Me miró con sorpresa, indudablemente sorprendido por aquella pasividad mía que no esperaba.

—¿Por qué todo el día de hoy? —quiso saber.

—Tengo que hacer una visita al cementerio antes de irme de aquí —repliqué—. Un amigo mío, dueño de una agencia de detectives en Las Vegas, acaba de recomendármelo como monumento nacional, apto para visitas turísticas.

—¿Allí? ¡Diablos, Goodwan! —exclamó—. No me diga que le gustan...

Le interrumpí.

—¿Quiere indicarme el camino para ir, teniente? —pregunté.

—Abandone la ciudad por la parte noroeste, pesquise, y encontrará el camino a la derecha de la carretera. Sígalo y no se perderá. Va directamente desde Handerson hasta la misma puerta del cementerio. Allí muere.

No respondí, salí de su despacho con la mente ocupada por Callender y mistress Presley, y a buen paso regresé al hotel, a cuya puerta dejara estacionado el coche que alquilé.

Empuñé el volante y sin que mis pensamientos me abandonaran un solo instante, me vi conduciendo camino de donde Murphy me había indicado. Murphy, que muy bien pudo decírmelo en el acto, ahorrándome el viaje, y no gastándome una de sus muchas y estúpidas bromas.

Había un coche estacionado en la puerta, casi bloqueando el camino de entrada al cementerio. Un "Monza C. T.", de carreras. Un rápido y caro convertible y me dije, mirándolo, que su dueño podía sentirse orgulloso de un bicho como aquél, capaz de romperle la cabeza a cualquiera, o también capaz de llevarle a dar un hermoso paseo por cualquier parte.

Descendí del que conducía y después de lanzar una larga mirada a mí alrededor crucé la enrejada puerta al otro lado, y me vi con tumbas a ambos lados, y el silencio pesado, grave, de la casa de los muertos, gravitando sobre mis hombros.

Una vez más empecé a andar, por entre los túmulos de tierra, las lápidas, hacia el fondo, bajo los árboles, los cipreses, resonando mis pasos con ecos de ultratumba, rompiendo la calma reinante.

Antes de llegar a los primeros nichos la vi.

Jennifer Presley se encontraba allí, dándome la espalda, frente a uno de los nichos, con un ramo de flores en la mano.

No me había oído, ensimismada como estaba; caso de producirse, tampoco hubiera oído la explosión de una bomba.

Intrigado, pensando en que su marido aún no había sido enterrado, pensando también que estuviera frente a un lugar donde reposara uno de sus antepasados, un familiar incluso, continué acercándome, sin ahogar el rumor de mis pasos, y sin hacer nada por ocultarme, porque mi presencia pasara inadvertida.

De un modo repentino, brusco, se volvió, y nuestros ojos se encontraron.

—¡Usted!

No dije nada, antes me interesaba otra cuestión, el nicho que la primera dama de Handerson estaba visitando aquella tarde.

Unos segundos después veía el nombre con perfecta claridad y dos fechas; la del nacimiento y la de la muerte, y un escalofrío, aun sin saber por qué en aquel momento, me recorrió de pies a cabeza.

—¿Satisfecha su curiosidad, fisgón?

—¿Quién era? —pregunté—. ¿Su mujer?

Ella negó con la cabeza.

—Su hija —afirmó fríamente—. Se suicidó, ¿comprende? De vez en cuando vengo a traerle flores.

Sabía que había algo más, posiblemente muchas más, pero el cementerio con su calma, con su silencio, con el respeto que inspiraba, trababa mi lengua, por lo que no formulé una sola pregunta más.

Por otra parte sabía ya de quién era el "Monza" estacionado en la puerta y qué fue lo que me quiso decir Murphy por teléfono. Sí, ya lo tenía todo o casi todo.

Ahora, ¿sabía ya quién era el asesino?

No estaba seguro de nada, pero tenía aún unas pocas horas hasta el día siguiente. Asimismo estaba seguro de que Murphy no me expulsaría de Handerson, pero tampoco estaba en mi ánimo crearle problemas con la mujer que continuaba mirándome después de pronunciadas aquellas palabras. Y Callender.

—¿Nos vamos? —preguntó de pronto.

—Sí —dije—, cuando quiera. Pero tengo mi coche en la puerta.

—Lo he supuesto.

No respondí, y el uno junto al otro, calladamente, alcanzamos el exterior. Allí, al lado de los coches nos miramos, y de los dos, fui yo el que pregunté, deseando un desquite por pequeño que fuera:

—¿Piensa seguir adelante con esa acusación, mistress Presley?

—¿Qué acusación?

—De mi supuesta agresión a la persona de su amante —repuse fríamente.

—Es usted un perro judío, Goodwan, y voy a hacer que le procesen por, por...

—No creo que merezca la pena de que se tome tantas molestias por mí, preciosa —respondí—. Guárdelo para cuando Callender la eche de su lado, luego de su fracaso con... con esos impuestos.

Movió la mano, y a pesar de que lo vi perfectamente, de que pude evitarlo, no lo hice, y la bofetada me alcanzó a un lado de la cara.

—No vuelva a hacerlo, querida —dije suavemente—, o se encontraría con la respuesta, algo bastante desagradable viniendo de un tipo como yo. Y guárdese, puede que haya un proceso contra usted, y contra Callender, tal vez, quizá, por secundar a su difunto marido en ese proyecto del alcantarillado.

—¿Qué diablos sabe usted de todo...?

—Quizá más de lo que pueda desear Callender y usted. Y tal vez la propia Alcaldía. Diga a ese picapleitos que se abstenga de meter sus narices en mi pañuelo o se encontrará con algo que no espera.

—¿Piensa... asesinarle?

—¿Cree que merecería la pena hacerlo, mistress Presley? Pues yo no lo veo así. Lo que veo —recalqué—, es una denuncia sobre ese crédito concedido a Handerson para el pavimento. Quizá Washington se muestre interesado en saber quiénes eran los que componían el grupo de la supuesta estafa, del supuesto delito de estafa... Y unos años de cárcel, a su belleza, querida, no le vendrían nada bien.

Di media vuelta y entré en el coche, di el encendido y un segundo antes de arrancar, Jenny me llamó:

—Un momento, Goodwan —dijo.

La miré a través de la ventanilla cuyo cristal llevaba bajado.

—¿Sí...?

—¿Va a intervenir en todo esto... en lo de los...?

—No, si me dejan en paz. Eso es cosa de la Alcaldía y de la policía local. Si ellos denuncian el caso intervendrá Murphy, pero no con mi ayuda. El caso, para mí, ha terminado desde el mismo momento en que su marido de usted murió. Buenas tardes, mistress Presley. Mis cariñosos recuerdos a Callender.

Di el embrague y salí lanzado marcha atrás; maniobré luego, y cuando el motor del coche enfiló hacia Handerson, pisé a fondo, con el pensamiento puesto en Jill.

Tal vez la encontrara, tal vez, también, quisiera que fuéramos a bailar y por fin, tal vez, me contara algunas cosas que ella tenía que saber. Cosas que eran esenciales de todo punto para que pudiera yo terminar de atar los últimos cabos sueltos que aún pendían del ovillo de mis investigaciones, si es que lo que estaba haciendo se podía llamar así.

No la vi en el primer momento, porque obstruyendo la entrada del comedor, del hotel, vi a la última persona que esperaba ver aquella noche que ahora empezaba.

El teniente Murphy, con un frunce en el ceño y los ojos helados, me contemplaba fijamente, sin pronunciar palabra, por lo que lo hice yo al ver que no me cedía el paso.

—¿Quiere dejarme pasar, teniente? —pregunté—. Tengo hambre y deseo cenar.

—¿Por qué no me lo dijo, maldito fisgón?

—¿El qué?

—Que vio a Ricks.

—¿Y cómo está tan seguro de que fue así?

Se apartó a un lado y añadió:

—Hablares mientras le sirven la cena. Luego puede que me lo lleve al precinto, y voy a sentirlo, palabra.

—¿De qué va a acusarme?

—De obstaculizar la labor de la policía local. Le advertí que no deseaba que se metiera en mi terreno.

—¿Y lo hice, teniente?

—Seguro —replicó cuando ambos nos encontrábamos junto a la mesa—. Vio a Ricks, y no me llamó.

—¿Cómo está tan seguro, teniente? —repetí.

—Interrogamos a miss Memphis. Ella dijo que le explicó a usted, que Ricks le esperaba en el apartamento de la muchacha, donde había pasado la noche.

—¿Y sólo con esa base asegura que le vi, Murphy?

Sentándose en una de las sillas, mientras una camarera, con sus medias negras de malla se nos acercaba, el teniente Murphy maldijo en voz baja.

—¿Y no fue así, Goodwan? —inquirió.

No contesté hasta que la muchacha nos dejó de nuevo solos, luego que le hube encargado la cena.

—No; no vi a Ricks.

—Miss Memphis dijo también que fue Ricks quien le contrató a usted para que viniera a investigar aquí. Vamos, Goodwan —instó—, dígame en mi cara que tampoco es eso cierto.

No lo hice porque en aquel momento entró ella.

Capítulo XI

EL mismo atavío de siempre, y los muslos largos, cubiertos por las medias, atrayendo sobre sí mismos las miradas masculinas. Incluso las del teniente, que dejó de mirarme a mí tan pronto como la vio a ella.

—Hola, querido —dijo apenas llegó a nuestro lado—. ¿Puedo sentarme, o es secreto de estado lo que están tratando en esta mesa las dos celebridades más grandes de Handerson?

Me estaba levantando antes de que terminara de hablar para ofrecerle una de las sillas. Jill se sentó, y continuó hablando, ahora con una pregunta:

—¿Vas a invitarme a cenar?

—Sí, si te esperas unos segundos.

—Si molesto...

—Nada de eso, querida. Tú también tienes parte en la conversación.

No replicó, se limitó, pues, a mirarnos alternativamente, y a permanecer callada, por lo que rompí el silencio con una pregunta:

—Estuviste hablando con él teniente, Jill.

Arqueó una ceja.

—Sí, así fue. Hablamos de todo esto, y salió la conversación sobre Ricks. Le dije la verdad, que le había visto, y que pasó la noche en mi apartamento, pero sólo, y que me había dicho que deseaba hablar contigo.

—¿Y qué más, muchacha?

—Nada más.

Miré a Murphy.

El teniente parecía abstraído en la contemplación de los dibujos que había en el mantel, sordo y mudo, al parecer, por todo lo que ocurría a su alrededor, incluyéndonos a Jill y a mí, por el momento.

—¿Por dónde íbamos cuando Jill nos interrumpió, teniente?

—Hablabamos de Ricks. De Peter Ricks, y sé que le contrató a usted.

—¿Quién se lo dijo?

—Es sólo una sospecha, y ahora sí le estoy diciendo la verdad. ¿Fue así?

—Sí, así fue, teniente —repuse.

—¿Qué quería?

—No estaba conforme con lo que ocurría aquí debido al alcalde Presley. Me pidió que investigara sobre el alcantarillado de la calle principal y también sobre su pavimento. No estaba conforme con los impuestos.

—Y llevaba razón. ¿Es o no así, Goodwan?

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo antecedentes de que mañana hay una reunión en la Alcaldía y quizá haya una denuncia contra alguien, y luego un proceso.

—¿Sabe de algún nombre?

Clavó los ojos en los míos mientras que a nuestro lado, Jill, haciendo el papel de simple espectadora, nos continuaba mirando alternativamente.

—¿No lo sabe usted también, Goodwan?

—No, ni mucho me...

—Es usted un tipo difícil, al que le gusta, entre otras cosas, tergiversar los hechos. Sé que estuvo hablando con míster Donovan, y que lo hizo esta misma mañana —disparó como punto final.

—De acuerdo, teniente, lo hice, y la cosa resultó como Ricks predijo que resultaría, con lo que el caso está completamente cerrado para mí.

—¿Se marcha?

—Mañana temprano.

—¿En cuanto al asesinato del alcalde...?

—Eso, teniente, es cosa suya y de nadie más.

—¿Está seguro?

—Desde luego, sí.

Siguió un silencio mientras me servían la cena y encargaba otra para la silenciosa Jill. —Dígame una cosa, teniente; ¿cuándo vio a Ricks?

Se sobresaltó, y sus ojos me taladraron por espacio de varios segundos, hasta que replicó:

—Hace menos de tres horas. ¿Por qué?

—Entonces fue él quien le dio la información, ¿verdad?

—Sí, así fue, Goodwan. Me dijo también...

—Que estuvimos hablando en el departamento de miss Memphis, aquí presente, y que me despidió. Por eso usted fue a ver a Jill, y por eso ella le dijo todo lo que sabía al respecto. Sólo deseaba, con eso, corroborar la declaración de Ricks. ¿Es así?

—Sigue siendo un tipo listo, pesquisa. Ahora, ¿qué va a hacer?

—Por el momento cenar.

—¿Y luego?

—Me daré una vuelta por ahí con Jill, le daré un beso en las sombras y más tarde... —¡Jim! Pero... Pero, querido...

Sin hacer caso proseguí:

—Más tarde, tal vez me vaya a dormir, o tal vez tome un taxi y me haga conducir a Las Vegas. Eso, teniente, está por ver, ya que en este mismo momento, ni yo mismo lo sé.

—¿Por qué no hablamos un poco de todo esto, Goodwan?

—¿De míster Presley, de su viuda, de Callender y el resto?

—Sí, así es.

Empecé a cenar; la camarera, ahora al lado de Jill, la servía también.

Finalmente se fue, e inquirí:

—¿Qué desea que diga, teniente?

Vi que su rostro se congestionaba y adiviné por qué; deseaba maldecir y la presencia de la muchacha se lo impedía.

Por fin respondió, con la voz un tanto ronca:

—Voy a acusar a mistress Presley de asesinato en primer grado, o a Callender. Sea como fuera, Goodwan, uno de los dos lo hizo y el otro le encubre. Doscientos mil dólares son muchos dólares, pesquisa.

—No trate de hacerlo, teniente —aconsejé—, si no tiene pruebas para llevarlas delante del fiscal. Pruebas concluyentes, ¿comprende?

—Sé que tengo que andarme con pies de plomo, pero mis hombres están trabajando en esto. Si no logran nada» reclamaré la presencia de los federales.

No dije nada y continué cenando, y por algunos minutos el más absoluto silencio reinó entre los tres, hasta que Murphy se puso en pie.

—¿Ya se marcha, teniente? —pregunté de modo innecesario.

—Sí, ahora mismo. Y por si no nos viéramos, le deseo suerte, pesquisa.

Me puse en pie para estrechar su mano cuando me tendió la suya y le vi alejarse de Jill y de mí, y del comedor del hotel, sin que volviera ni una vez la cabeza.

—¿Es cierto que te marchas?

Ladeé la cabeza para mirarla.

—Mañana —dije—. Ya me has oído.

—Y... Y... continúa sin hacerte falta una secretaria, ¿verdad?

—Seguro.

—En ese caso, me temo que voy a tener que hacer las paces con mistress Presley, si quiero comer de ahora en adelante.

—Toma un avión en Las Vegas, y busca trabajo en Chicago, Nueva York... e incluso en Tokio, si mucho me apuras, querida.

No respondió, clavó los ojos en el plato y terminamos la cena en silencio. Ya frente a dos tazas de café, al terminar, pregunté:

—¿Vienes conmigo?

—¿Puedo saber adónde?

—Por ahí, a tomar unas copas, a bailar un rato...

—¿Y después...?

—Tendremos que irnos a descansar, querida.

—No voy a hacer nada de eso, Jim Goodwan.

La miré con asombro.

—¿Por qué? —pregunté.

—Tú ya tienes escogido tu camino, ¿verdad?

—¿Cómo...?

—Sí, claro... El tuyo está en Las Vegas... y no formo parte del mismo.

—¿Esperabas otra cosa, Jill?

Me miró a los ojos, sin un solo parpadeo, y contestó:

—La pequeña Jill no esperaba nada de ti, pesquisa. ¿Entiendes eso?

Abandonó la silla y la imité, con lo que quedamos los dos frente a frente, separados por la amplitud de la mesa.

—No me irás a decir que te marchas, ¿verdad?

Sonrió.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije antes, querido.

—De acuerdo, muchacha, te acompañaré hasta la puerta de tu apartamento.

—Tú, Jim Goodwan, vas a quedarte aquí. Me sé, hasta allí, el camino de memoria.

Dio media vuelta, rodeé la mesa y la prendí por un brazo, a la altura del codo; se detuvo y ladeó la cabeza, son lo que nuestros ojos se encontraron.

—¿Vas a llevarme contigo, Jim?

—¿Qué tratas de encontrar, querida, un marido?

—Toca mujer busca un marido, mi amor, y yo no voy a ser menos, pero a ti no te gustan cierta clase de ideas.

—¿Acaso he dicho eso?

Hizo una mueca con los labios. Con suavidad no exenta de firmeza se desprendió de mi brazo y entonces añadió:

—Buenas noches, Goodwan, te deseo suerte.

Empezó a andar, y no la seguí; merecía la pena por el momento.

Tomé pues asiento en la silla que acababa de abandonar, saqué el paquete de "Chester" y encendí un cigarrillo.

Meditaba una vez más, y mis ideas, mis recuerdos, mis sospechas, se mezclaban con el nombre del teniente Murphy de la policía local; no me gustaba lo que me había dicho, no me gustaba que se metiera en un lío por una vampiresa como mistress Jennifer Presley y mucho menos que se estrellara contra la piel dura de un picapleitos como Callender.

Lo mismo que Murphy conmigo, a mí también me caía bien el teniente.

Miré el reloj.

Las ocho y treinta minutos. Podía, pues, encontrarse en su despacho o no; podía, incluso, estar entre los brazos de mistress Presley, en la cabaña de la carretera, hacia el desierto de Nevada, y podía, también, estar divirtiéndose en cualquiera de los bares de Handerson.

Me puse en pie, lentamente me acerqué al *comptoir*, enfrenté al encargado y dije:

—Me marcho mañana por la mañana. ¿Quiere traerme la cuenta preparada?

Asintió en silencio, di media vuelta y salí a la calle.

Allí, en la semioscuridad reinante, saqué la "Magnum", tiré la corredera hacia atrás con lo que coloqué una bala desde el cargador el hueco cañón, superior, y hecho esto la depositó blandamente en el bolsillo derecho de la americana.

Consumía el cigarrillo cuando empecé a caminar hacia la calle principal, como si el levantado pavimento, el alcantarillado a medio colocar, ejerciera una fascinante atracción sobre mí.

El silencio era inalterable cuando di vista a la sombría masa de las inmóviles máquinas.

Pensaba en un asesino y en los motivos que éste hubiera podido tener fiara matar al alcalde de Handerson. Pensaba, asimismo, en un cementerio, y en una lápida, en la lápida de un nicho, y en la mujer que llevaba flores a aquella tumba.

"Se suicidó..."

Eso me dijo, y fue una de las cosas, quizá la única, que creí de todo lo que dijera en otras ocasiones y en aquélla.

Una cabina telefónica; eso es lo que estaba haciendo falta en aquel momento en que mis ideas se estaban o empezaban a aclararse un tanto.

Di media vuelta y empecé a buscarla, hundida ahora la mano derecha en el bolsillo, esperando una nueva agresión, que no se produjo.

En la esquina inmediata, casi al final de la larga calle, la vi, crucé el otro lado, y al abrir la puerta para entrar, supe, de un modo consciente, que ya no habría más agresiones en mi contra, que no las habría, quizá, por la mano, por la misma mano que disparase contra mí en dos ocasiones, y también supe, sin lugar a dudas, por qué lo hizo.

Cerré a mi espalda.

Callender no estaba en su despacho. Tampoco en la quinta, en la cabaña de mistress Presley.

¿En su casa particular...?

Disqué una vez más, pero nadie tampoco contestó a mi llamada, por lo que sin más, abandoné la cabina telefónica y continué andando, de

bar en bar, uno tras otro, pensando, mientras que los minutos en la esfera de mi reloj continuaban pasando lentos y pesados, largos, inconmensurables, de pesadilla.

Uno, otro, otro más; La Estrella.

Entré también, y desde la puerta lancé una mirada a mi alrededor, y entonces les vi, bailando, apretados, casi en el centro de la pequeña pista, y traté de adivinar cuál mesa era la reservada por ellos, pero como cosa lógica no lo logré, por lo que fui a la barra, donde pedí un whisky.

Mientras lo bebía a pequeños sorbos esperé.

Al finalizar el bailable, Jenny se prendió del brazo de Callender y ambos se acercaron a una de las mesas; esperó a que se sentaran, tomé el vaso y avancé hacia allí.

—¿Estorbo...? —pregunté apenas si me encontré junto a ellos.

Ambos al mismo tiempo se sobresaltaron y clavaron sus ojos en mí, pero el único que pronunció palabra fue Callender.

—¿Puedo saber qué infiernos hace usted aquí, pesqui...?

Le mostré mi vaso semivacío.

—Tomándome un whisky, y usted, como abogado, sabe que por lo menos en Handerson, no hay ley que me lo prohíba.

Abrió la boca, tal vez para decir algo fuerte, pero se interrumpió al ver cómo tomaba una silla y me sentaba al otro lado de la mesa, frente a los dos.

—¡Lárguese, Goodwan! —dijo, y su voz era ronca—. ¡Ahora!

Elevé el vaso y bebí un poco, sólo un poco, como digo, y les miré alternativamente, preguntando ya:

—¿Por qué lo hizo, Callender?

—¿Hice...? ¿Qué diablos fue lo que hice según usted, Goodwan?

—Dispararme un par de veces, amigo —repliqué fríamente, llevándome una vez más el vaso a los labios.

El silencio que siguió a mis palabras se espesó entre los tres.

Capítulo XII

LO rompió el propio Callender con una pregunta:

—¿Cómo dijo?

—Me oyó perfectamente, Callender —respondí, depositado el vaso sobre la mesa—. Trató de intimidarme» ¿verdad?

—Creo, Goodwan —respondió con perfecta calma— que voy a llamar al teniente Murphy, y continuar ampliando la denuncia que le puse.

—Si lo hace, alguien, usted en este lugar, lo va a sentir.

—Explíquese, ¿quiere?

Terminé ahora con el resto del licor, y ante la mirada expectante de Jenny, proseguí:

—Verá, Callender —dije—. Yo veo el asunto de este modo. Usted, en combinación con míster Presley y su esposa, aquí presente, idean una pequeña estafa,

—Eso es... es...

—Si deja de interrumpirme, quizá pueda explicárselo todo. Luego le queda la oportunidad de rectificarme, de decirme dónde me equivoco y dónde no —no dijo nada y proseguí—: Un crédito a la Alcaldía, para arreglar una calle, se empiezan las obras, pero antes de terminarías» el alcalde Presley envía notificaciones al vecindario indicándoles a cuánto asciende el crédito del Departamento del Tesoro y cuánto deben abonar a la Alcaldía por alcantarillado y pavimentación de la calle principal de Handerson. Es así, ¿verdad? —y añadí tras una ligera pausa de que prefería permanecer callado—: La gente empieza a preguntarse cosas, a observar las obras, y en contra de lo que se supone, de lo que vosotros suponéis, se da cuenta de una cosa; de que el presupuesto que la Alcaldía les envía es exagerado. En otras palabras, Callender, que es un robo. Se pavimenta, sí, se ponen alcantarillas, pero falta algo, y el vecindario empieza a protestar, los ánimos se caldean, porque hay un tipo, un tal Peter Ricks, que sabe lo que se lleva entre manos, conjuntamente con Jill Memphis, secretaria particular de míster Presley, y ambos amigos. Pero amiga de Ricks, ¿comprende? Entre los dos acuerdan ir a Las Vegas a contratar a alguien para que investigue sobre el asunto, y me toca a mí. Y a Ricks, porque incrédulo por naturaleza, no se fía tampoco del teniente Murphy, creyendo que éste está tan podrido como todos los demás, lo que es un error. Vengo yo... pero antes, una

mujer, una tal Verónica Dale, amiga de usted, Callender, y amiga a su vez de míster y mistress Presley, se persona allí. Sé que fue usted quien la mandó en pos de Ricks.

—¿Va a decirme ahora que yo la maté también?

—Pudo haberlo hecho, Callender. Tenía motivos. Atentó contra mi vida y lo mismo...

Su corta y nerviosa carcajada me interrumpió.

—No quise matarle, pesquisa —dijo fríamente—, o caso contrario, ahora no estaría aquí, frente a los dos, con aires de superhombre. Mistress Presley sabe que soy un buen tirador que cuando se lo propone no falla el blanco, ni aun durante la noche, y mucho menos con arma larga. Y ahora...

—Sólo una pregunta, Callender —le interrumpí—. ¿Por qué envió a miss Dale a Las Vegas?

—Ricks nos asustó, pesquisa. Tenga presente que para cuando el hecho ocurrió, míster

Presley aún estaba vivo, ¿entiende? Por tanto, no fui yo sino el propio alcalde quien la envió. Peter Ricks habló una noche en el bar, diciendo que estaba dispuesto a ir a cualquier parte para tratar de levantar la basura que había per aquí... Y Verónica fue tras él. Lo que ocurriera en Las Vegas, cómo la conoció usted, no es cosa mía, sino suya. Luego, aquí, si la mataron, yo no lo hice. Simplemente traté de intimidarle para que se marchara, pero no lo hizo. Y ahora... ahora... ¿Que está tratando de hacer? ¿Cargarme con los dos asesinatos?

—¿Dónde estaba la noche en que mataron a míster Presley?

—Quizá jugando una partida de póquer con míster Donovan y algunos más de la Alcaldía.

—¿Sabe que hay una denuncia?

—Sí, por estafa, desfalco... y por lo que usted quiera.

Por todo, menos por asesinato. Y no creo que esa denuncia prospere mucho, Goodwan, por la sencilla razón de que sólo fue un intento. Ni la Alcaldía, y me refiero en concreto a míster Presley, ni yo, y mucho menos Jenny, hemos cobrado un solo centavo ni de más ni de menos, de los contribuyentes. Un buen abogado echará por tierra la mayor parte de la, acusación, y yo, mal que le pese a usted, lo soy. En cuanto a los asesinatos... Si continúa creyendo que lo hice, que los cometí, trate de probarlo. ¡Ah! Queríamos saber, concretamente, quién era el forastero que venía a fisgar por aquí, para echarle del modo que fuera, pero Presley murió antes de su llegada, y la situación se embrolló más y más cuando *Donovan* se hizo cargo de la Alcaldía, por lo que traté de asustarle. Sin el apoyo del alcalde, yo solo, poco o nada podía hacer. ¿Matarle...? Pude hacerlo, pero no entre en mi propio yo. Creo... Creo que no tengo madera de asesino.

Me puse en pie y los ojos de Jenny, fijos durante todo el tiempo en el rostro de Callender, se clavaron en los míos, pero no pronunció palabra; lo hizo el abogado, y con una pregunta:

—¿Qué piensa hacer ahora, Goodwan?

—Está usted podrido, picapleitos —dije—, podrido de pies a cabeza, como lo estaba Presley —era una provocación para Jenny, pero no pronunció palabra, haciendo como que no me había oído—. Podrido.

Di media vuelta y por entre las parejas caminé hacia la puerta.

La calle.

En una de las cabinas públicas disqué marcando el número telefónico de Jill, pero nadie contestó. Nombres como el de Murphy, Callender, Jenny Presley, Donovan, el ahora actual alcalde de Handerson, Ricks, la propia Jill, danzaron en el interior de mi mente por espacio de varios minutos.

Uno de ellos lo había hecho, uno mató a Verónica Dale y al alcalde... Y uno solo, también, había hecho que el asesinato no fuera lo que necesariamente tenía que ser.

Había invertido los términos.

Había inver...

Lo hice yo también, y con el auricular en la mano marqué el mismo número. Decididamente, Jill no se encontraba en su apartamento.

¿Entre los brazos de Ricks?

Hice una mueca, deposité el auricular sobre su soporte, abandonó la cabina y empecé a andar, paso a paso, esquina tras esquina; doblé la tercera y el anuncio luminoso de la puerta del bar La Estrella desapareció de la noche como tragado por el infierno cuando una manzana de casas se interpuso entre él y yo.

Empecé a mirar las numeraciones.

Calle 12, piso séptimo, apartamento 47-F.

Entré en el portal tanteando la pared y pulsé el automático de la luz.

Empecé a subir, de escalón en escalón, también de piso en piso, y por fin me detuve ante aquella puerta.

Llamé con los nudillos.

Nada.

Volví a llamar.

Ahora sí oí los pasos, firmes, rápidos, pasos que no denunciaban ni mucho menos la edad que tenía la persona que los marcaba.

La puerta se abrió unos instantes y me vi frente a los ojos de Peter Ricks.

—¡Cuernos, Goodwan! —exclamó al verme—. ¿Cómo usted por aquí? Si mal no recuerdo, le dije que el caso... Pero, ¡diablos!, pase y no se quede ahí en la puerta.

Crucé el umbral y mientras cerraba a mi espalda le oí decir:

—Siga por el pasillo y alcanzará el *living*.

Lo hice, dando la espalda, oyendo sus pasos tras los míos, hasta que ambos nos encontramos allí.

Me estaba sonriendo cuando preguntó:

—¿No se sienta? ¿Un whisky?

—Gracias —respondí—, esta noche ya he bebido bastante.

Me dejé caer en un sillón y él hizo lo propio en otro, frente a mí.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, míster Goodwan? —preguntó.

—Sí, quizá... Me marchó dentro de unas horas, Ricks, tan pronto como amanezca.

—Sí, es lo que sospeché que haría. ¿Qué es lo que puedo hacer por usted?

—Contarme la verdad —dije suavemente.

—¿Contar...? ¡Cuernos, no entiendo eso!

—Contarme por qué, pongo por ejemplo, mató a Presley.

Hizo ademán de ponerse en pie y le interrumpí con un gesto de mi mano izquierda.

—Escuche, Ricks —añadí—, le estoy apuntando desde el bolsillo de la americana, ¿comprende? Un solo movimiento y le mato... y no va a remorderme la conciencia por eso.

Tardó varios segundos en contestar, sorprendiéndome, ya que esperaba una cerrada negativa por su parte, pero no fue así. Sólo se limitó a indagar:

—¿Cómo logró averiguarlo?

—Invertí los términos.

—¿Que in...? ¡No entiendo eso!

—Es sencillo; el propio alcalde le proporcionó un medio para matarle. Seré más claro aún. Con el proyecto de estafar a sus convecinos, cometió un error porque eso le abrió la puerta para que usted desfagara contra él el odio que latía en su corazón desde... desde hace algún tiempo. El, en el presupuesto que envió a los vecinos de la calle principal, pedía una fuerte suma por el alcantarillado, un alcantarillado que si bien se estaba poniendo, era sobre los desagües antiguos, sobre desagües que datan de más de cincuenta años atrás, con lo que a pesar de las rejillas, en época de agua, pavimentado o no, ésta continuará corriendo sobre el asfalto, como un río, como antes lo hizo sobre el polvo y el barro. Es decir —continué tras una ligera pausa—; se posen las rejillas, pero no las tuberías de desagüe, y Presley trataba de cobrar esas tuberías del subsuelo sin haberlas comprado, sin colocarlas, lo que le daba un margen de ganancia de unos doscientos mil dólares. Eso, lo mismo que yo lo vi el mismo día que puse los pies en Handerson,

también lo vio usted como lo vieron otros muchos. Entonces fue cuando tuvo la idea del crimen. Presley iba a morir por algo que le hizo a usted. Pero todos, incluyendo a la policía, creerían que le mató una de sus secuaces, de sus cómplices en el asfalto, en la estafa, para quedarse con esos miles de dólares. Es un buen pellizco, y nadie dudó, nadie duda aún de que no muriera por otra causa que no fuera aquélla; los dólares. Usted, como digo, Ricks, empezó a hablar a toda el que quiso escucharle, que pensaba tomar cartas en el asunto, y luego, unos días más tarde, súbitamente anunció, también al que quiso escucharle, que iba a ir a Las Vegas en busca de alguien para que viniera a investigar para luego denunciar el hecho, si es que era denunciabile. Y me contrató a mí.

Callé, esperando, y fue muy poco, apenas unos segundos.

—Por lo visto, Goodwan, usted lo sabe todo, pero le faltan testigos y pruebas de lo que dice. Aquí estamos los dos solos. Siendo así, ¿qué le queda a usted?

Estaba sonriendo, me sorprendía aquella sonrisa, pero él estaba sonriendo, como si el hecho de llevar un crimen en su conciencia, no pesara en absoluto para él.

—Queda, Ricks —y pronuncié las palabras una a una—, una tumba, una muerta dentro de un nicho, en si cementerio de Handerson. "Aquí yace Joan Ricks. Descanse en paz." Una fecha... Dos fechas y...

—Ese cerdo... la... la sedujo, ¿comprende? La sedujo violentándola y todos callaron en Handerson. Luego, Joan... murió y eso... eso...

Se lanzó contra mí, pero no me sorprendió; cuando lo hizo ya estaba en pie, apartándome, a un lado, para acto seguido golpearle en la nuca con el cañón de la "Magnum".

Cayó al suelo, dio un par de vueltas sobre sí mismo y sin darle respiro me acerqué, dando un paso hacia él, apuntándole a la cabeza.

—¡Póngase en pie, Ricks! —dije—. Y no haga el tonto, o le vuelo la cabeza de un balazo. Vamos, tome asiento.

Se levantó, trabajosamente, dio media vuelta y unos segundos después me miraba desde las profundidades del sillón donde se había sentado, con la mano derecha acariciándose la nuca. Cuando la retiró de allí, tenía sangre en los dedos.

—Aún falta algo, Ricks —dije.

—¿Se refiere a Verónica?

—Sí, así es. ¿Por qué la liquidó?

—Habló conmigo, al día siguiente de la llegada de usted.

—¿Y...?

Ricks entrecerró los ojos, mirándome ahora por entre las entornadas pestañas, y no le apremié; me limité, pues, una vez más, a continuar esperando.

Habló por fin, y su voz, seca y ronca, me impresionó un tanto.

—Nos vimos en Las Vegas, ¿comprende? Casi nos tropezamos en la calle. Yo... Creí que no me había visto, cuando entré en el edificio donde tiene usted su despacho, y continué mi camino, pero me detuve en uno de los bares desde el cual se ve su puerta, Goodwan. Esperé, hasta que salieron juntos. Entonces me fui, tomé mi coche y vine directamente aquí... para matar al alcalde. Verónica empezó a atar cabos tan pronto como regresó con usted y se enteró de la muerte de Presley, y vino a verme. Hablamos, me dijo que me había visto en Las Vegas, cuando yo salía de hablar con usted y me explicó que había tratado de atraerle a Handerson, con ella, a una trampa, que el propio alcalde haría funcionar... lo que ya no iba a ocurrir porque éste había muerto. Doscientos mil dólares eran muchos dólares para perderlos, pues ella también tenía su parte... como amiga de la familia Presley. Al preguntarle qué diablos me explicaba a mí, se echó a reír y se puso en pie yendo a la puerta. Desde allí me miró, y entonces, unos segundos antes de salir, me dijo: "Quizá al teniente Murphy y al propio fisgón que has traído, le interese saber algo sobre una tumba en el cementerio, querido. Despide a ese hijo de perra, y aquí no ha pasado nada. Di... que te equivocaste. Piénsalo o..." Se fue, y supe cómo cosa natural y lógica, que sospechaba de la verdad, que sabía que el único que tenía razones de peso, y no por un dólar más o menos, era yo, y debido a Joan. Sabía, también, que si le despedía a usted, Goodwan, corría el riesgo de que continuara investigando por su cuenta, picado por la curiosidad y por lo que había visto en la calle. Y en el caso de que abandonara Handerson, estaba seguro de que Verónica a la corta o a la larga pediría más, que sus amenazas se convertirían en una pesadilla para mí, que su chantaje que empezaba ahora con una simple petición, con el tiempo, quizá, se convirtiera en algo más horrible, en una carga que no podría soportar. Fui pues a su apartamento, entré utilizando una ganzúa, y cuando entré la maté. Todos, muerta ella, continuaban creyendo lo mismo, que el alcalde Presley murió porque alguien quería quedarse con los dólares que iban a sacar como tajada en el arreglo de esa calle y que Verónica, amiga de la familia, podría estar complicada. Todos menos usted. Es curioso; necesariamente lo echó todo a perder el hombre que yo mismo traje a Handerson contratado para que siguiera mi juego. ¿Quién...? ¿Quién fue el hijo de perra que habló de mi hija, Goodwan? ¿Quién se lo contó a usted?

No pude responder a su pregunta porque al intentarlo me interrumpieron.

—Ya está bien por hoy. Y buen trabajo, Goodwan.

Me volví en redondo.

En la puerta, enmarcados en el umbral, se encontraba el teniente Murphy acompañado de su uniformado e inseparable polizone.

—¿Qué diablos...! —empecé.

—No se sorprenda, pesquisa —me interrumpió—, que no soy tonto. Repase la conversación que esta noche tuvimos en el hotel, y la de antes. Me pidió que le mostrara el camino del cementerio, ¿recuerda? Usted, un tipo como usted, ¿qué podía buscar en el cementerio de Handerson? Empecé a pensar, y repentinamente recordé a la chica de Ricks... y lo que se dijo hace de esto un par de años, en lo que no intervino nadie porque ni Ricks ni persona alguna formuló una sola queja, una denuncia. Era un caso de suicidio para la policía, por lo que ésta cerró el expediente a su debido tiempo.

No respondí.

Eran las nueve y cuarto de la mañana cuando abandoné el precinto de la policía, despidiéndome ahora de una vez por todas del teniente Murphy, sin recordar para cada a Callender y a Jenny Presley, cuyo destino, si es que se celebraba juicio contra ellos, no me importaba ni poco ni mucho. Y en el mismo coche que alquilara, después de tomar un bocadillo en un bar, y avisando de antemano a la casa que lo alquiló, que lo devolvería tan pronto como me encontrara en Las Vegas, busqué la carretera.

Milla y media más allá la vi junto al bordillo, con una maleta a sus pies, haciendo señas de "auto stop" tan pronto como vi el coche, y adiviné sin esfuerzo alguno que sabía positivamente quién era el hombre que había situado frente al volante.

Lo acerqué a aquel mismo bordillo y lo detuve. Pregunté:

—¿Puedo llevarla a alguna parte, pequeña?

—¿Ya a Las Vegas?

—Sí, así es... Vamos, suba, la llevaré hasta allí.

Abrí la portezuela, tomó su maleta, la lancé a la parte trasera del coche mientras que ella se colocaba a mi lado, y arranqué.

Inquirí cuando el lugar donde la había recogido quedó bastante atrás:

—¿Va en busca de trabajo a la ciudad?

—No —respondió con un hilo de voz—. Voy a contraer matrimonio.

No dije nada en unos segundos, y luego pregunté:

—¿Lleva la licencia?

—¿Extendida en Handerson?

—Sí, claro.

—Por supuesto que no —repuso ella—. Está todo sucio, podrido, mi amor, y estoy segura de que de habérsela pedido al juez, hubiera sido capaz de darme una falsa cobrándome por ella el importe de una auténtica. Prefiero que me acompañes tú a buscarla en Las Vegas, tan pronto como lleguemos.

Después de sus palabras, Jill se recostó contra el respaldo del asiento

y cerró los ojos.

No respondí, porque hay cosas que son completamente inevitables.
Punto.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España